



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

G

# Conflicto y modernidad en el pensamiento político

## Carl Von Clausewitz, una filosofía de la guerra

Autor:

Fernández, José

Tutor:

Maliandi, Ricardo Guillermo

1988

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía

Grado



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

863.942  
25  
SA  
3  
S

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
DEPARTAMENTO DE FILOSOFIA

Tesis 2-3-12

CONFLICTO Y MODERNIDAD  
EN EL PENSAMIENTO POLITICO:

CARL VON CLAUSEWITZ  
UNA FILOSOFIA DE LA GUERRA

---

Tesis de Licenciatura presentada por el alumno JOSE FERNAN-  
DEZ (L.U. 0914/83) realizada bajo la dirección del Profesor  
Dr. RICARDO GUILLERMO MALIANDI

---

-Julio de 1988-



## INTRODUCCION

---

La filosofía política moderna ofrece no pocos ejemplos de una atención directa y profunda hacia el problema de la guerra. Desde El príncipe, que bien puede leerse como un ensayo político-militar, hasta la Filosofía del Derecho hegeliana, pasando naturalmente por Hobbes, Kant y Rousseau; la reflexión sobre la guerra, su origen e implicancias político-sociales, se revela como una de las constantes que recorren el campo filosófico moderno. Constante que ha merecido relativamente poca atención por parte de los estudiosos.

Este trabajo no se ocupará de investigar genéricamente el tema de la guerra en el corpus filosófico de la modernidad. A pesar de ello, consideramos que el objeto efectivo de nuestro estudio se inscribe resueltamente en esa tradición y en esa problemática.

Intentaremos aquí aislar de esa corriente de ideas a un pensador olvidado. Su nombre, Carl von Clausewitz; su profesión, militar; su obsesión única, elaborar una filosofía de la guerra.

Clausewitz es uno de esos raros nombres que provocan desinteligencias en las ramas del conocimiento. Los especialistas en teoría militar lo reclaman para su acervo, pero no profundizan en su obra o, si lo hicieron alguna vez fue para malinterpretarla a partir de sus propios prejuicios.<sup>1</sup> Por su parte, los científicos sociales suelen citar a Clausewitz pero ello no supone, salvo honrosas excepciones, más que una información superficial

demasiado a menudo reducida a frases-cliché. Los filósofos, en fin ¿cómo habrían de acordarse los filósofos de un oscuro hombre de armas con ambiciones de pensador que tuvo la mala fortuna de ser contemporáneo nada menos que del idealismo alemán? La deuda que la crítica mantiene con Clausewitz viene siendo parcialmente saldada a partir de la aparición en las últimas décadas de algunos trabajos de sólida erudición entre los que se destaca la inmensa obra que Raymond Aron le dedicó al general prusiano.<sup>2</sup> Por referirnos específicamente a un caso que tiene para nosotros un interés más <sup>e</sup>directo y sobre el que podemos manejarnos con alguna seguridad, digamos que en Argentina el pensamiento de Clausewitz -como se verifica en general- ha recibido una atención escasa y marginal. Ciertamente, sólo tenemos conocimiento de tres autores; León Rozitchner, Juan Carlos Marín y Mario García Acevedo, que han dedicado algún esfuerzo al tema, aunque de extensión y profundidad muy desigual.<sup>3</sup>

En esta investigación vamos a centrarnos en el análisis de un pasaje considerado clave en la obra capital de Carl von Clausewitz. Se trata del capítulo primero, del primer libro de De la guerra. Este texto, a pesar de aparecer inaugurando la obra, fue redactado sólo cuando ésta ya se encontraba escrita en su totalidad. Como afirma Paret, "a pesar de su comprensividad, su enfoque sistemático y su estilo preciso, De la guerra no es un trabajo terminado".<sup>4</sup> Según el mismo comentarista, hacia 1827 Clausewitz habría desarrollado nuevas hipótesis sobre su tema,

pero murió antes de poder revisar su obra a la luz de las mismas. Pudo escribir, sin embargo, los párrafos en que nos basaremos primordialmente aquí, considerados por su autor como los más acabados de su tratado:

El primer capítulo del primer libro es el único que considero completado; al menos prestará el servicio de indicar la orientación que yo deseaba mantener en la totalidad.

En cambio, Clausewitz sostuvo que el resto del trabajo no terminaba de convencerlo. Si bien era fruto de largos años de reflexión práctica y estudio, tal como se encontraba, se hallaba expuesto al malentendido y a la crítica fácil:

El manuscrito sobre la conducción de la guerra en su conjunto, que será hallado después de mi muerte, tal como está actualmente sólo puede considerarse un acopio de piezas en bruto, sobre las cuales se debería construir una teoría de la guerra en su conjunto. La mayor parte no me ha satisfecho...

Apuntamos finalmente, que todos los comentaristas coinciden en señalar este capítulo primero como el más densamente filosófico de toda la obra. Raymond Aron, por ejemplo, lo califica de "legado filosófico" y "testamento intelectual" de Clausewitz.

¿Podemos considerar a Clausewitz como un filósofo? La cuestión sólo tiene una relevancia relativa. Con todo, resultará evidente que, por lo menos en el texto al que nos vamos a abocar, los intereses que mueven a Clausewitz son intereses filosóficos. Lo que intenta hacer Clausewitz es una filosofía de la guerra (él mismo utilizará esta expresión), entendiendo por ello la

construcción de una teoría que elucide la naturaleza del fenómeno y sienta las bases de un arte de su conducción. Por es motivo, no hay razón alguna para situar a De la guerra fuera de la historia de la filosofía. Cualquier evaluación al respecto debe fundarse menos en el carácter de la obra en sí misma que en el aquilatamiento crítico que su calidad nos merezca.

En efecto, tal como es habitual en algunos tratados de filosofía, el primer motivo de Clausewitz es desentrañar el concepto de guerra. Es la pregunta por la esencia la que preside la reflexión, reflexión que se conecta así con cierta tradición filosófica. "Así como la filosofía idealista intentaba -afirma Korffes- esclarecer primeramente los conceptos y la evolución de las ideas abstractas en el pensamiento lógico, descartando todas las condiciones históricas, concretas y reales, de la misma manera comenzó Clausewitz su tarea".<sup>6</sup>

Tras elaborar una noción pura de la guerra, Clausewitz la recompone críticamente con el fin de lograr establecer una categoría que sea funcional para el análisis concreto. Se presentan así dos nociones teóricas, dos tipos de guerra, que resultan del análisis y, lo que es más importante aún, cada noción se encuentra respaldada por una racionalidad distinta. Esto último no ha sido, en nuestra opinión, suficientemente subrayado por los comentaristas y constituye nuestra hipótesis de partida.

El capítulo primero de nuestro escrito está dedicado a la exposición del despliegue especulativo de la figura ideal de la guerra: el duelo. Trataremos de poner de manifiesto su secreta vinculación con el saber de la ciencia física vigente en la época, el cual, desde nuestra perspectiva, concurre a fundamentar lo que hemos denominado la figura ideal de la guerra. Complementando el texto, en una segunda parte se presenta una discusión sobre lo que podríamos denominar el "método" clausewitziano. Para ello, tomamos como base ciertas propuestas debidas a Raymond Aron y que consideramos pasibles de una aproximación crítica.

El capítulo siguiente, así como la primera parte del que venimos de mencionar, busca atenerse en su faz expositiva al texto clausewitziano que nos ocupa. Se trata aquí de explicar la crítica a la figura duelística, crítica preliminar al pasaje que se efectúa desde la guerra pura hacia la guerra real. Este pasaje, según nuestro punto de vista, envuelve otro tránsito paralelo pero al nivel del modelo epistemológico: el tránsito que va del saber físico-natural a la búsqueda de otro marco que cumpla los requisitos de cientificidad exigidos en la época pero que, al mismo tiempo, se revele como más aafín al fenómeno político que es la guerra.

Nuestro trabajo se completa con otro capítulo que cierra su cuerpo principal. En él aspiramos a situar a Clausewitz en la historia de las ideas científicas de su tiempo, cumpliendo

así con nuestro objetivo primordial. Este no se limita a la exposición de lo mejor del pensamiento clauswitziano, sino que apunta a ubicar a este filósofo de la guerra en la problemática de un conocimiento riguroso de lo social, ya que para él la guerra es también un fenómeno de ese tipo.<sup>7</sup>

Como apéndice, hemos incluido un breve perfil biográfico de nuestro autor. Esta parte resume asimismo su trayectoria pública y presenta un panorama de sus obras, como también una esquemática reseña de la discusión que han mantenido los especialistas acerca de las posibles influencias intelectuales que sufrió.

NOTAS A LA INTRODUCCION

- 1.- La historia del derrotero de las teorías clausewitzianas en los círculos militares europeos es una historia de malinterpretaciones. Sobre este tema pueden consultarse: HOWARD, Michael "The influence of Clausewitz" y KOPFES, Otto "De la guerra y su influencia sobre la posteridad" (Los datos de edición de los trabajos citados se encuentran en la bibliografía final.)
- 2.- ARON, R. Pensar la guerra, Clausewitz, Tomos I y II. El segundo tomo discute la actualidad de Clausewitz y también puede consultarse con provecho para la problemática a la que alude la nota anterior.
- 3.- Véase: ROZITCHNER, León Perón entre la sangre y el tiempo, cuyo segundo capítulo está dedicado a nuestro pensador: "De la política a la guerra: Clausewitz", y al que tendremos ocasión de referirnos más adelante. El trabajo de Marin, Leyendo a Clausewitz es un curso en el que se trata de vincular al general prusiano con la problemática del marxismo revolucionario. Finalmente, el artículo de García Acevedo titulado: "Bases filosóficas del pensamiento de Carl von Clausewitz", argumenta a favor de las influencias kantiana y hegeliana en nuestro autor, posición que ya es un lugar común en la crítica pero que García Acevedo tiene el mérito de incluir en el panorama filosófico argentino, si bien con un tratamiento algo urgente (el artículo abarca escasas cuatro páginas).
- 4.- PARET, Peter, "The genesis of 'On War'", p. 3.
- 5.- "Trois notes de Clausewitz sur 'De la guerre'" en: CLAUSEWITZ, C.V. De la guerre n. 43, a la que corresponden las dos citas de nuestro texto.
- 6.- KOPFES, Otto op. cit. p. 177.
- 7.- "Decimos, en consecuencia, que la guerra no pertenece al campo de las artes o de las ciencias, sino al de la existencia social." (De la guerra, libro II, capítulo 3, parágrafo 3, titulado: "La guerra es una forma de relación humana". (Subrayado nuestro).  
Más adelante, Clausewitz hace su célebre comparación de la guerra con el comercio por ser ambas actividades humanas que expresan conflictos de intereses. También dice que en el seno de la política se halla oculta la guerra como "una criatura viviente en su embrión", tema éste que no poderemos abordar en este trabajo.

## CAPITULO I

---

### I. LA FILOSOFIA DE LA GUERRA

#### 1. EL DUELO

La metodología propuesta por Clausewitz en el inicio de su obra consiste en un desgranamiento analítico de su objeto para luego, en un esfuerzo de síntesis, captarlo en toda su multilateralidad. Se trata aquí, obviamente, de momentos lógicos y no cronológicos. En palabras del propio autor:

Nos proponemos considerar, en primer lugar, los diversos elementos de nuestro tema; luego sus distintas partes o divisiones y finalmente el todo en su íntima conexión. Procederemos, de este modo, de lo simple a lo complejo. Pero en esta cuestión, más que en otra alguna, es necesario comenzar por referirse a la naturaleza del todo, ya que en esto la parte y el todo deben siempre ser considerados simultáneamente. (DG I, I, 1).<sup>1</sup>

El todo, entonces, es, según la concepción que se desprende de este pasaje, un conjunto de determinaciones interconectadas. Por un lado se debe ascender hacia él a partir de los elementos aislados que lo constituyen.<sup>2</sup> Pero, en el caso de la guerra, por lo menos, se debe iniciar la investigación especulativa con una elucidación de la esencia de la totalidad respectiva, ya que todo y partes se implican mutuamente y es preciso, por consiguiente, tener ambos extremos permanentemente presentes.

La esencia de ese todo que es la guerra será, para Clausewitz, el duelo. El punto de partida no es aquí una definición

(a esta altura ella sería "pedante y defectuosa", aclara Clausewitz) sino la propia esencia de la guerra expuesta en su despliegue. El duelo no es un ejemplo, sino el concepto mismo, pero, como tal, es también un hecho empírico. Como afirma Rozitchner, acontecimiento y estructura se confunden en él.<sup>3</sup>

La primera determinación que modifica a esta esencia todavía abstracta será un cambio de escala:

La guerra no es otra cosa que un duelo en una escala más amplia. (DG, I, I, 2).

La concepción del todo que subyace en este cambio de escala es puramente agregativa: se pasa del duelo (hecho individual) a la guerra (hecho social) por simple extensión. Hay una pura proyección de la situación individual de dos personas en la caracterización de una totalidad que no involucra sólo las relaciones personales, sino también sociales. La guerra sería, por consiguiente, un duelo multitudinario o una multiplicidad de duelos:

Si concibiéramos a un mismo tiempo los innumerables duelos aislados que la forman, podríamos representárnosla bajo la forma de dos luchadores...

Inmediatamente, Clausewitz pasa al señalamiento de los motivos de ese enfrentamiento singular:

...cada uno de los cuales trata de imponer al otro su voluntad por medio de la fuerza física; su propósito inmediato es derribar al adversario e incapacitarlo de ese modo para ofrecer mayor resistencia.

La guerra es, en consecuencia, un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario. (Ibidem).

En el duelo, entonces, dos iguales se encuentran en una

situación polar y simétrica, en la que cada uno trata de lograr dos fines: quitarle al adversario su capacidad<sup>a</sup> de resistencia -finalidad inmediata- por medio de la fuerza física y -finalidad última- lograr imponerle la propia voluntad. El elemento de este combate es la fuerza física. Clausewitz dice de tal fuerza que utiliza el conocimiento científico y sus técnicas de aplicación para lograr su objetivo:

La fuerza, para enfrentarse con la fuerza, recurre a las creaciones del arte y de la ciencia.  
(DG, I, I, 2).

Clausewitz no sólo está cosificando lo que es una relación humana sino que, más importante aún, está operando un sutil desplazamiento de los sujetos iniciales de la contienda. Ya no se trata, en efecto, de la lucha de individuo contra individuo, sino de fuerza contra fuerza, ambas personificadas. Para Clausewitz, la fuerza es un concepto físico, material. Su noción nos remite al ámbito de lo físico-natural separado de lo social, entendido este último como lo jurídico-normativo:

La fuerza, es decir, la fuerza física (porque no existe fuerza moral fuera de los conceptos de ley y estado). (Ibídem)

El paréntesis es aquí importante porque contiene ciertas implicaciones. En primer término, se dice que en el duelo sólo se juega la fuerza física, remitiendo la fuerza moral (lo social) al ámbito de lo jurídico. En segundo término, queda claro que fuera de ese ámbito definido por la ley y el Estado no resta otra cosa que pura naturaleza,<sup>5</sup> es decir, fuera de las institu-

ciones establecidas no hay conciencia ni fuerza moral autónomas (por ejemplo, como señalaremos más adelante, en el pueblo).

Esta fuerza física -y, por tanto, asocial, extrajurídica y amoral- dominante en el duelo, desarrolla todo su poder, se manifiesta sin limitaciones. La fuerza:

va acompañada de restricciones insignificantes, que es casi inútil mencionar, que se imponen por sí mismas y son conocidas bajo el nombre de leyes y usos internacionales, pero que en realidad no debilitan su poder. (Ibídem)

Los usos normativos que regulan las relaciones entre Estados (aunque hasta el momento todavía no abandonamos la figura del duelo, en la cual los sujetos contendientes no son Estados, sino individuos) son apenas límites exteriores que no rellenan la capacidad de manifestación indiscriminada que tiene la fuerza como elemento de la naturaleza. No hay hasta aquí restricción jurídica ni política alguna que dosifique su intensidad.<sup>6</sup> Incluso llega a verificarse una inversión de medios a fines. En efecto, la fuerza era el medio para el desarme del enemigo (quitarle su capacidad de resistencia) y el objetivo, rendir su voluntad a la nuestra. Se produce aquí una sustitución que ubica al desarme (que es el objetivo militar o inmediato) como meta final y única, desplazando así el interés por rendir la voluntad del otro. Con este quid pro quo el sentido mismo de la lucha se nos escapa, pues sólo resulta asequible a partir de las determinaciones de ley y de Estado, las cuales

han sido canceladas por el momento. La fuerza, entonces,

es de este modo el medio; imponer nuestra voluntad al enemigo es el objetivo. Para tener la seguridad de alcanzar este objetivo debemos desarmar al enemigo, y éste desarme es, por definición, el propósito específico de la acción militar; reemplaza al objetivo y en cierto sentido prescinde de él como si no formara parte de la propia guerra. (Ibídem)

En otras palabras, con el despeje de la voluntad del otro como objetivo del enfrentamiento, y con la supresión del marco jurídico-político, sólo nos resta el duelo como lucha puramente física, en el cual se produce una escalada de fuerza que, dirá Clausewitz, teóricamente no tiene límite.

La fuerza, entonces, domina la figura abstracta de la guerra. Ahora bien, podemos interrogarnos acerca del porqué de dicha centralidad. En nuestra opinión, debemos hallar la respuesta en el campo ideológico contra el cual polemiza Clausewitz.

Muchas almas filantrópicas imaginan que existe una manera artística de desarmar o derrotar al adversario sin excesivo derramamiento de sangre, y que esto es lo que se propondría lograr el arte de la guerra. Esta es una concepción falsa que debe ser rechazada, pese a todo lo agradable que pueda parecer. (IG, I, I, 3.)

Clausewitz enfatiza el "elemento brutalidad" de la guerra porque se dirige contra las teorías estratégicas hegemónicas bajo el absolutismo. Tales teorías entienden la guerra a la manera cortesana, menospreciando el enfrentamiento material y su carácter sangriento. Se conservan los rasgos esenciales que definían la guerra cortés como "torneo", librada por combatientes que -de acuerdo con Caillois- pertenecen a una aristocracia especiali-

zada en el oficio de las armas. "La guerra feudal tiene algo de ceremonia y de juego: la igualdad de oportunidades se respeta cuidadosamente y se busca una victoria más simbólica que real".<sup>7</sup> El reglamento de este juego se sintetiza en el privilegio absoluto de la maniobra, en detrimento de la batalla. Como señala Korfes, en las teorías militares de los siglos XVII y XVIII,<sup>8</sup>

predominaba la opinión de que el arte militar supremo consistía en hacer la guerra de tal manera que el adversario se viera obligado a aceptar las condiciones impuestas por el enemigo sin entablar lucha. En última instancia, la teoría veía el medio para ello en una 'estrategia de maniobras pura, capaz de hacer la guerra sin derramamientos de sangre', aunque en la realidad eso no fuera otra cosa que 'un juego dialéctico' y no constituyese un 'fenómeno real en la historia bélica mundial'.

Aceptar una batalla era considerado un error, incluso por militares políticamente anti-absolutistas quienes se hallaban, sin embargo, en su gran mayoría, influenciados por estas teorías.<sup>9</sup> El encuentro armado arriesgaba al ejército. Este constituía un instrumento sumamente oneroso sobre el cual descansaba no sólo la política exterior de un Estado, sino también su condición misma de existencia. Además, se dudaba de la capacidad de una batalla para definir un conflicto. Por lo general, durante el siglo y medio que precedió a De la guerra, las batallas no tuvieron grandes consecuencias en la definición de las guerras, aunque, como dijimos, exponían seriamente la continuidad de los Estados. En semejante contexto ideológico, la afirmación sustantiva del combate y de la fuerza -cosa que constituye uno de los ter

centrales de Clausewitz- permite destacar a su teoría como rivalizando con lo que se consideraba teoría militar normal. Clausewitz es el teórico de las guerras de la Revolución Francesa y del Imperio. El es el primero en revelar las novedades prácticas que se producen en materia bélica como consecuencia de las transformaciones operadas en el plano político. Los ejércitos nacionales de Francia impusieron al ciudadano-soldado, quien en la batalla se desempeña como tirador (fusilero o cazador) gozando además de gran autonomía personal. Este elemento dinámico contrasta con las filas delgadas y formadas en un orden rígido propias de los ejércitos absolutistas. En contra de la desvalorización teórico-práctica de la batalla, resuenan en Clausewitz las palabras de Napoleón: "Sólo conozco tres cosas en la guerra: hacer diez leguas por día, combatir y descansar". Como afirma Aron, Clausewitz despertó de su sueño dogmático -al menos en lo que a estrategia se refiere- por el trueno de la Revolución.

Volviendo al tema de la fuerza, vemos que esta es, pues, un elemento crucial de la guerra. Su único límite es otra fuerza, vale decir, la resistencia que suscita en el adversario. Como elemento natural que es, la fuerza está dominada por el modelo de acción-reacción.<sup>10</sup> Este es lo propio de la guerra. La filosofía que la estudia debe limitarse -por el momento- a examinar la pareja fuerza-resistencia, prescindiendo tanto del humanismo "filantrópico" de los estrategas absolutistas,

como así también de los elementos que, en este nivel, no definen lo propio de la guerra, sino que resultan exteriores y autónomos a ella. Estos elementos son:

la condición social de los estados considerados en sí mismos y en sus relaciones recíprocas. (Ibídem)

La condición social del estado, según Clausewitz, va definiendo el perfil y la intensidad de las guerras a lo largo de la historia. Pero en el duelo nos ubicamos fuera del marco histórico, y huelga cualquier consideración social, ya que

...tales elementos no son parte de la guerra, sino que existen por sí. En la filosofía de la guerra no podemos introducir en modo alguno un principio modificador sin caer en el absurdo. (Ibídem)

En el despliegue especulativo, Clausewitz introduce una digresión histórica. El desarrollo social, afirma, determina la influencia de los factores emocionales involucrados en el enfrentamiento bélico. Así, en los pueblos primitivos predominan las pasiones; mientras que entre los pueblos civilizados se busca la efectividad y el logro de la victoria a través de la inteligencia -aunque, importa destacarlo, sin eliminar el factor emocional por completo ("hasta las naciones más civilizadas pueden inflamarse con pasión en odio recíproco")-. Esto tendrá cierta importancia en la concepción clausewitziana de la política y de las relaciones internacionales.

Por lo tanto, tenemos que, en la guerra, existen dos factores. Uno emocional, subjetivo. El otro, referido a la apli-

cación inteligente de los medios para optimizar la eficacia (factor objetivo). Para el duelo, éste es el único importante:

En las luchas entre los hombres intervienen en realidad dos elementos diferentes: el sentimiento hostil y la intención hostil. Hemos elegido el último de estos dos elementos como rasgo distintivo de nuestra definición porque es el más general. (Ibídem)

Clausewitz busca acotar un ámbito de objetividad, sin que ello implique menospreciar la dimensión de "las brutales manifestaciones del instinto" en la contienda.

Si la guerra es un acto de fuerza, las emociones están necesariamente involucradas en ella. Si las emociones no dan origen a la guerra, ésta ejerce, sin embargo, acción mayor o menor sobre ellas, y el grado de la reacción depende, no del estado de la civilización, sino de la importancia y duración de los intereses hostiles. (Ibídem)

Lo que se busca subrayar aquí es el origen de la guerra, así como las características que ésta asume. Tales características deben buscarse en el enfrentamiento de intereses que determinan, a su vez, la intención de hostilidad, ya que la intención no incluye a los sentimientos, mientras que éstos sí están provistos de intención. Puede pensarse -señala Clausewitz- en una guerra sin odios, pero no sin intereses objetivos en disputa. Son ellos los que deciden la magnitud de violencia que se juega en el combate. Quedan pues relegados de este modelo explicativo tanto aquellos elementos no determinantes de la guerra, pero presentes en ella (en general, los emocionales y subjetivos) como así también lo que Clausewitz denomina "estado de la civi-

lización". Con esta expresión se refiere al nivel de desarrollo histórico-racional. Si el salvajismo utilizado en la guerra ha disminuido sus expresiones más brutales (por ejemplo, el asesinato de prisioneros, el saqueo de ciudades, el arrasamiento de campos), ello se debe menos a la evolución de la civilización (en cuanto avance, también, de la razón en la historia) que a la mayor eficacia que proporciona en la guerra conducirse de manera "civilizada". Clausewitz evalúa el aspecto instrumental de la razón histórica, despojándola de todo contenido idílico, cuando señala:

Vemos, por lo tanto, cuán lejos estaríamos de la verdad si atribuyéramos la guerra entre hombres civilizados a actos puramente racionales de sus gobiernos, y si la concibiéramos como libre de todo apasionamiento, de modo que en conclusión no habría de ser necesaria la existencia física de los ejércitos, sino que bastarían las relaciones teóricas entre ellos o lo que habría de ser una especie de álgebra de la acción. (Ibídem)

Clausewitz introduce este excursus para delimitarse de la visión histórica que ve en el predominio de la razón y la consecuente eliminación de la violencia instintual primitiva, una atenuación de la violencia guerrera y un paso en dirección a la pacificación del género humano. El desarrollo cultural no es ni directa ni indirectamente proporcional al grado de violencia que alcanzan los combates. Simplemente, dicho desarrollo no guarda relación con el progreso moral. La violencia es una variable que obedece a fríos cálculos de eficacia óptima. Por otro lado, la violencia, en el duelo, está gobernada por una

ley mecánica, ahistórica. La imagen iluminista del progreso es llevada al absurdo cuando se afirma que las relaciones entre Estados podrían llegar a ser puramente racionales, sin interferencia de lo natural-subjetivo (el sentimiento hostil), ni de lo natural-objetivo (la violencia física). Estados en una relación puramente "teórica" -ironiza Clausewitz- como si los gobiernos fueran "entidades matemáticas" que consintieran en someterse a un álgebra. En lugar de la hipótesis irónica de actores estrictamente racionales protagonizando la historia, Clausewitz reafirma que las relaciones entre Estados son, ante todo, relaciones de fuerza. Así lo demuestra el accionar de Napoleón, en contraste con las especulaciones dogmáticas de los estrategas absolutistas dominados por un racionalismo matematizante y unilateral. Progreso y guerra se abren camino juntos:<sup>11</sup>

La invención de la pólvora y el constante perfeccionamiento de las armas de fuego demuestran por sí mismos, con suficiente claridad, que la necesidad inherente al concepto teórico de la guerra, la de destruir al enemigo, no ha sido en modo alguno debilitada o desviada por el avance de la civilización. (Ibídem)

Es precisamente ese concepto teórico, el duelo, el que muestra que en la guerra (salvaje o civilizada, ya que no se juega ahora ninguna especificación histórica) lo esencial es el elemento objetivo, la intención hostil, y ésta se manifiesta como fuerza física. En tanto tal, ella nos remite al ámbito del conocimiento físico-natural. Tomando un modelo de inspiración newtoniana, Clausewitz enuncia tres principios o axiomas que rigen a la guerra. Los denomina "acciones recíprocas" de una fuerza que ac-

túa contra su resistencia, suscitando, a su vez, a ésta última, e ingresando en un espiral multiplicador de violencia biunívoca y ascendente, cuyo único límite es el agotamiento de la fuerza en juego. Clausewitz llama a este proceso "ascenso a los extremos".

En la guerra, toda la fuerza de que se dispone se utiliza discrecionalmente. Esto parece querer afirmar Clausewitz cuando enuncia su primer principio o "primera acción recíproca":

...la guerra es un acto de fuerza, y no hay límite para la aplicación de dicha fuerza. Cada adversario fuerza la mano del otro y esto redundará en acciones recíprocas teóricamente ilimitadas. Esta es la primera acción recíproca que se nos presenta y el primer extremo. (Ibídem, suby. nuestro)

Estos principios condensan los principales tópicos que se han venido exponiendo hasta aquí. Así, el segundo principio reafirma que la acción militar tiene como meta central el desarme del enemigo. Esto es válido para la teoría, pues en la práctica entran a jugar otros factores, ya no puramente militares, como es el sometimiento de la voluntad del otro. Expropiar la capacidad de resistencia del antagonista constituye su derrota, la cual deberá tener una imagen de permanencia (esto es, no debe parecer una situación superable en el futuro) para que no especule con una recuperación de su fuerza y se vea obligado a rendirse. Destruir al enemigo en tanto enemigo es el propósito del duelo. Y esto puede lograrse a través de su desarme completo (hipótesis de máxima) o por la mera amenaza de obtener su

desarme. Cualquiera sea el caso, ésa es la meta a lograr.

Clausewitz subraya el hecho de que en la guerra se trata de vencer una resistencia. Lo contrario sería considerar a la fuerza como una "masa inerte", sin capacidad de reacción. Es en virtud de la resistencia ofrecida que la fuerza involucrada en la lucha se multiplica sin cesar hasta su extremo máximo: el agotamiento de una de ellas significa su derrota. En esto consiste la concepción teórica de la guerra. En que una acción provoca una resistencia y con ella todo el proceso sufre una escalada que culmina en un resultado absoluto, esto es; el desarme total, la victoria total. Debe notarse que los protagonistas de este intercambio son fuerzas animadas y no, como vimos, masas inertes; en otras palabras los sujetos humanos no cuentan y, si lo hacen, es sólo como generadores y animadores de la energía biológica puesta en juego, sometida a leyes puramente físicas que escapan de su voluntad. Los individuos no controlan su fuerza, han sido expropiados de ella, ya no les pertenece. Son, pues, sujetos alienados, extrañados de sí y ésta es la precondition de su intervención secundaria en un choque en el cual los verdaderos sujetos son "dos fuerzas vivas".

Pero la guerra no es la acción de una fuerza viva sobre una masa inerte (la no resistencia absoluta no sería guerra en forma alguna), sino que es siempre el choque entre sí de dos fuerzas vivas, y damos por sentado que lo que hemos dicho sobre el propósito último de la acción militar se aplica a ambos bandos. Tenemos aquí, nuevamente, una acción recíproca. Mientras no haya derrotado a mi adversario

debo temer que él pueda derrotarme. Ya no soy, pues, dueño de mí mismo, sino que él fuerza mi mano como yo fuerzo la suya. Esta es la segunda acción recíproca que conduce a un segundo extremo. (DG, I, I, 4; suby. nuestro)

El segundo principio formal, entonces, queda reformulado de la manera siguiente: cada contendiente enajena su fuerza propia en el combate con el propósito de derrotar al enemigo de forma concluyente. Es decir, para dar cumplimiento al objetivo inmediato o militar.

El tercero y último postulado de Clausewitz, que normativiza en lo formal la figura teórica del duelo, es un postulado de conocimiento. En síntesis, se nos indica aquí que es preciso conocer al enemigo, y ello tomando como patrones a dos indicadores. Uno, es cuantificable: "la magnitud de los medios" de que dispone nuestro adversario, la cantidad de fuerza de resistencia con que cuenta. El segundo indicador, su voluntad, es subjetivo pero también mensurable en una segunda instancia (aunque no numéricamente), profundizando hasta las mismas fuentes que motivizan la voluntad: su motivo o intención hostil. Una vez concluido el ejercicio de conocimiento sobre el contendiente a enfrentar, sería posible dosificar la magnitud de fuerza propia que invertiremos para vencerlo. Es necesario recordar, sin embargo, que el duelo es una situación polar y, como consecuencia de su carácter simétrico, lo que se <sup>s</sup> predica para uno de los bandos, "vale para ambos". Así las cosas, concluimos naturalmente en otra nueva escalada de fuerza que nos obliga consiguientemente a una escalada de violencia para cumplir la meta de la guerra:

Si queremos derrotar a nuestro adversario debemos regular nuestro esfuerzo de acuerdo con su poder de resistencia. Este poder se manifiesta como producto de dos factores inseparables: la magnitud de los medios a su disposición y la fuerza de su voluntad. Es posible calcular la magnitud de los medios de que dispone ya que ésta se basa en números (aunque no del todo), pero la fuerza de la voluntad sólo puede ser medida, en forma aproximada y en menor escala, por la fuerza del motivo que la impulsa. Suponiendo que por este camino lograríamos un cálculo razonablemente aproximado del poder de resistencia de nuestro oponente, podríamos regular nuestros esfuerzos de acuerdo con dicho cálculo e intensificarlos para obtener una ventaja o bien sacar de ellos el máximo posible, si nuestros medios no bastaran para asegurarnos esa ventaja. Pero nuestro adversario procede del mismo modo y surge así entre nosotros una nueva puja que desde el punto de vista de la teoría pura nos lleva una vez más a un punto extremo. Esta es la tercera acción recíproca que encontramos y el tercer extremo. (DG, I, I, 5, el segundo subrayado es nuestro)

Por primera vez desde la introducción de la figura teórico-abstracta del duelo y, especialmente después de que ésta ha sido despojada de sus elementos articuladores con el nivel de lo social (en el sentido clausewitziano de lo político-jurídico; la ley y el estado), la voluntad se agrega al modelo y toma en él una dimensión de objeto de conocimiento crucial para la batalla. Aunque debe notarse que es posible de un cálculo a partir de un elemento objetivo que subyace en ella: la intención hostil entendida como fuerza, o convertida en fuerza a partir de un motivo disparador del conflicto.<sup>12</sup> Este cálculo no reviste las mismas características de exactitud matemática (Clausewitz precisa: "no del todo") con que podemos acceder cognoscitivamente

al indicador cantidad de fuerza o medios a disposición del adversario. Es posible, empero, estimar la fuerza de voluntad del otro con un umbral del rigor más bajo, es decir, sólo aproximativamente. Clausewitz está perfilando aquí un modelo de racionalidad menos "duro" que el tradicional y hegemónico modelo mecanicista (físico-matemático), y veremos más adelante que no es casual que ello suceda a la hora de evaluar la voluntad.<sup>13</sup>

Con los tres principios que rigen el desarrollo de la figura del duelo, ésta queda expuesta como la esencia de la actividad militar por excelencia, a saber, la guerra. El despliegue especulativo de dicha esencia ha resaltado hasta el momento algunas características centrales de la guerra: su polaridad, su carácter ineludiblemente violento y sanguinario, su especificidad en tanto choque de fuerzas sólo físicas (animadas apenas por individuos aislados). Estas características tienen una dimensión cognoscitiva que remite primordialmente al ámbito de las ciencias físico-naturales. El objetivo teleonómico del duelo es el desarme del enemigo y para ello se entra en un combate cuya interacción mutua (de fuerza y de resistencia) conlleva a una utilización de las magnitudes de fuerza disponible sin otro límite que el establecido por su propia naturaleza física: el agotamiento de uno de los polos. Cuando ello se produce, en el ascendente camino que lleva al punto que marca la máxima inversión de fuerza, el enemigo habrá sido desarmado, totalmente

vencido.<sup>14</sup> Su derrota tendrá un halo de perpetuidad que le impedirá imaginar su recuperación para entrar al combate nuevamente. Los contendientes han sido llevados a la batalla no por un instinto sino por intereses. En qué consisten estos intereses, el duelo no nos lo dice, porque no articula el hecho guerrero con ninguna situación que lo preceda y que deba desembocar en la batalla atendiendo a cierta necesidad. Sólo se habla de la guerra como de un choque instantáneo de dos violencias cuya inevitable conclusión será el aniquilamiento de una de ellas.

En el parágrafo seis titulado "Modificaciones en la práctica", Clausewitz inicia la crítica a la guerra absoluta definida por el duelo. El primer movimiento de este examen crítico consiste en la caracterización lógica del duelo como figura. El segundo movimiento es una enumeración de las condiciones de posibilidad formales del duelo.

El duelo pertenece al "dominio abstracto de las concepciones puras". Consiste en "un choque de fuerzas libradas a sí mismas y que no obedecen a más ley que la propia". Por su naturaleza, la reflexión, así como la acción recíproca de las fuerzas por ella pensadas, no se detiene hasta alcanzar el punto extremo que, como tal, no es otra cosa que "un juego de la imaginación producido por el encadenamiento apenas visible de sutilezas lógicas". Las enseñanzas que para la práctica pueden extraerse de este ascenso absoluto a los extremos, aún cuando se deduzcan con toda precisión metodológica, pueden resumirse

en lo siguiente: "en cada ocasión hemos de estar preparados para ofrecer el máximo de resistencia y hacer frente al máximo esfuerzo", pero tales enseñanzas derivadas sin otra mediación que el mero rigor conceptual, son "una simple ley carente de valor y sin aplicación en el mundo real".

Semejante despliegue de fuerzas empero, no puede nutrirse sólo de la exigencia de esquemas abstractos. La guerra, como acto de fuerza, implica la participación de la voluntad humana y ella no puede ser motivada por una pura coherencia formal. "En efecto, la voluntad del hombre -señala Clausewitz- nunca extrae su fuerza de sutilezas lógicas". Además, estas "fantasías" provocarían, debido a su absolutez, un "derroche inútil de fuerza que se vería restringido por otros principios del arte de gobernar". Clausewitz anuncia aquí un límite político a las exigencias especulativas del duelo. La política impone un límite a lo puro, que es también lo fastasmático, constituyéndose a la vez como su principio de realidad.

La mediación entre guerra absoluta y guerra real no puede llevarse a cabo, parece decir, en síntesis, Clausewitz, de un "simple plumazo", entendiéndolo por ello una mediación sólo lógica. Es <sup>e</sup> preciso, entonces, efectuar el tránsito de lo absoluto a lo real, a través de una mediación que sea también real (y no puramente formal), es decir, interrogándonos por los requisitos de verdad de las implicaciones filosóficas del duelo. ¿Cuáles

tendrían que ser, pues, las condiciones de la práctica para que las "fantasías lógicas" del duelo se efectivizaran? ¿Cómo sería la guerra que el duelo exige como su contrapartida real? Clausewitz enuncia tres condiciones de verificabilidad:

- 1) Que la guerra fuera un acto totalmente aislado; que surgiera súbitamente, sin conexión con el curso previo de los acontecimientos;
- 2) Que consistiera en una decisión única o en varias decisiones simultáneas;
- 3) Que su decisión fuera definitiva y que la consiguiente situación política no fuera tenida en cuenta ni influyera sobre ella. (DG, I, I, 6)

En resumen, el duelo concibe la guerra como siendo única, aislada y absoluta, prescindente de la política y, por eso mismo, asocial y extrajurídica. Se tratará entonces de efectuar de aquí en adelante una crítica sistemática de las condiciones de verdad del duelo. Este tercer movimiento no será todavía la realidad de la guerra, sino la mediación que conduce a ella. De este modo Clausewitz inicia la negación de cada uno de los presupuestos del duelo y, con ello, de todo el modelo abstracto que ha sido construido bajo esa categoría.

## 2. EL TRANSITO A LO REAL: CRITICA DE LAS CONDICIONES DE VERIFICABILIDAD DEL DUELO.

En el duelo, las fuerzas que chocan son entidades abstrac-

tas, resistencias bajo la única ley absoluta del ascenso a los extremos. En el camino hacia la concreción de los sujetos en lucha, Clausewitz introduce la voluntad -algo que ya había hecho parcialmente-. Ahora la voluntad no sólo es cognoscible, sino que no se presenta ya como un agregado "exterior". Es un elemento interior y garantiza la conexión de la guerra con el devenir temporal. Permite a los adversarios conocerse realmente, tal como son, sin necesidad de acudir a ningún abstracto deber ser. Las fuerzas ya no se rigen por el principio teórico de despliegue máximo y de agotamiento, principio tendiente a la perfección. La voluntad es un elemento modificador del esquema abstracto y, por ser constante y cognoscible, permite la predicción:

Esta voluntad no es un término totalmente desconocido; lo que ha sido hasta hoy nos indica lo que será mañana. (DG, I, I, 7)

La voluntad, pues, habilita para modular la fuerza a emplear según los requerimientos políticos ("del arte de gobernar"). Se rompe así el aislamiento lógico en que su figura absoluta había confinado a la guerra real. Clausewitz podrá entonces enunciar su primera crítica y el primer principio de realidad que pone en crisis el modelo del duelo:

La guerra nunca estalla súbitamente ni su propagación se produce en un instante. (Ibídem)

Lo que subyace en la caracterización de la voluntad como continuum es la dimensión temporal. Esta no fue claramente expresada en la primera modificación práctica que venimos de

enunciar, pero será introducida en la segunda. El factor tiempo no sólo implica la duración, lo que por sí mismo destruye la imagen de la guerra como una única decisión puntual (un duelo) o bien como serie de decisiones unísonas (multiplicidad de duelos). Aquí tiempo significa también el ámbito de formación de recursos materiales para la guerra y distribución de fuerza para la acción. La variable tiempo tiene una dimensión social.

Clausewitz señala que, si la guerra obedeciera al modelo del duelo y consistiera en una decisión puntual o en varias decisiones simultáneas, entonces los preliminares del choque serían llevados hasta su máxima expresión porque una derrota implicaría la postración total y definitiva de uno de los combatientes. En la guerra concebida como un golpe sin duración, en cambio, "nunca podría recuperarse una oportunidad perdida".

Clausewitz advierte que el agregado de la variable duración al esquema, podría neutralizar el ascenso a los extremos:

Si la decisión consistiera en actos sucesivos, cada uno de éstos, con sus circunstancias concomitantes, podría suministrar una norma para los siguientes y, de este modo, el mundo real ocuparía también aquí el lugar del mundo abstracto modificando, de acuerdo con ello, la tendencia hacia el extremo. (DG, I, I, 8)

Esta mención rápida y todavía oscura a ciertas "circunstancias concomitantes" del hecho bélico envuelve, en primer término, una ampliación del concepto de voluntad. Las circunstancias concomitantes hacen referencia a los preparativos o recursos puestos en juego en la guerra y serán definidos con más preci-

sión inmediatamente más adelante.

En el duelo, el elemento de la lucha es la violencia entendida sólo como expresión de fuerza física. En dicho momento especulativo, el choque de fuerzas tiende hacia el agotamiento de una de ellas y, por lo tanto, anula toda rehabilitación (todo rearme, por decirlo así) que permita un choque ulterior. Si una lucha -o, lo que para el caso es lo mismo, una multiplicidad de luchas simultáneas- consume todos los medios previstos para ser utilizados en ella, esta lucha única es decisiva, concluyente, y no hay lugar para otra posibilidad.

En la práctica, la guerra se presenta tal como vimos más arriba, como una serie de actos desplegados en una duración temporal. Por ello los oponentes no se disponen a invertir todos sus recursos en uno solo de los actos de la serie y calculan el esfuerzo del adversario de manera que jamás llegan al punto de máxima tensión. Además, las características de los medios que se procuran hacen imposibles actualizarlos al mismo tiempo en una batalla. Como dice Clausewitz:

...la naturaleza misma de estos recursos y de su empleo, hace imposible la entrada en acción simultánea de los mismos.

E inmediatamente agrega:

Estos recursos comprenden las fuerzas militares propiamente dichas, el país con su superficie y población y los aliados. (Ibídem)

De estos tres factores, el que Clausewitz denomina bajo el nombre de país es, sin lugar a dudas, el más importante:

El país, con su superficie y población, no sólo es la fuente de las fuerzas armadas propiamente dichas, sino que, en sí mismo, es también una parte integral de los factores que actúan en la guerra, aunque sólo sea la parte que suministra el teatro de operaciones o tiene marcada influencia sobre él. (Ibídem)

Los aliados, en cambio, son un elemento secundario. Sólo ingresan en escena, independientemente de las necesidades de los luchadores, para contrapesar una ventaja adquirida.

Fuerzas militares, superficie y población de un país y las alianzas no son exclusivamente visualizados como resultados, es decir, como recursos disponibles, cuyo origen no interesa. Son recursos de índole espacial que determinan las condiciones en que será librada la guerra.

Pero lo decisivo de esta segunda crítica a los axiomas del duelo sólo se apoya en los recursos de la guerra para demostrar que en ella el uso instantáneo de los mismos resulta imposible. Estos factores comienzan a contextualizar socialmente las fuerzas que hasta el momento se consideraron primordialmente bajo la óptica del saber físico-natural. Las fuerzas materiales, parece decir Clausewitz, están articuladas con ciertas condiciones de producción que actúan como medios de las mismas. Pero estos medios -y he aquí lo importante, por el momento- se resisten a la utilización sincrónica. Por el contrario, deben ser distribuidos en una duración. Así llegamos al corolario de todo este desarrollo:

Por ahora, bastará con dejar sentado que es con-

trario a la naturaleza de la guerra el que todos nuestros recursos estén en juego al mismo tiempo. (Ibídem)

Tenemos así que en virtud de estas dos críticas a los principios normativos de la figura del duelo, la guerra, gracias a su contraste con ciertas circunstancias reales, ya no es concebida como un acto aislado ni único. Resta aclarar que tampoco su resultado se instaure de una vez y para siempre, es decir, no es definitivo. La derrota es apenas una apariencia. De esta manera, la posibilidad de una recuperación futura del derrotado, modera la maximización del despliegue de fuerza, evitando así el tercer ascenso a los extremos. ¿En qué se funda la esperanza del derrotado por rehabilitarse y volver a la lid? Clausewitz responde: en la expectativa de un cambio de las circunstancias políticas. El ámbito de la política, como venía sucediendo hasta aquí, sólo aparece meramente anunciado.

Con la última de las modificaciones que la práctica real impone al esquema que tendía al absoluto, las leyes del ascenso a los extremos han quedado inhibidas, despejadas. Estas leyes, como ya dijimos, se inspiraban nítidamente en las leyes de la mecánica establecidas por la física clásica.

Con la crítica a la figura abstracta del duelo, Clausewitz se ve impulsado a adoptar otro modelo de racionalidad científica, ya que el mecanismo entró en crisis junto con la teoría que respaldaba y regulaba. Este nuevo modelo será el de la razón probabilística:

Dado que no se evita ni se busca ya el extremo, se deja que la razón determine los límites del esfuerzo, y esto sólo puede ser hecho de acuerdo con la ley de las probabilidades. (DG, I, I, 10)

Con el ingreso de variables como "voluntad", "circunstancias concomitantes", "país", "aliados" y "fuerzas armadas" se ha venido insinuando un proceso que tiene como consecuencia lógica una refiguración total de los sujetos operantes en el esquema duelístico. De las abstracciones físicas se pasa aquí, gracias a la crítica, a tratar con sujetos reales, políticos:

...los dos adversarios no son ya abstracciones puras sino estados y gobiernos individuales. (Ibídem)

Racionalismo probabilístico y sujetos sociales serán la base de un nuevo desarrollo que aquí es apenas indicado. Estas novedades teóricas son el resultado de la reestructuración completa que ha sufrido un modelo teórico puro. En virtud de ello, estamos ubicados ahora en el ámbito de lo real-social. Este ámbito tiene su propia normatividad y no se ve obligado a dejarse invadir por ningún modelo duro, propio del saber físico natural:

si el curso de los acontecimientos no es ya teórico, sino que está determinado por sus propias leyes, entonces la situación real suministra los datos para determinar lo que se espera, la incógnita que debe ser despejada. (Ibídem)

El conocimiento del enemigo es todavía una incógnita, una meta para el conocimiento. Pero es también sólo un objeto de conocimiento inmediato. Previamente, debermos dedicarnos a una

elucidación más exhaustiva de la teoría de la guerra en su totalidad. Especialmente en lo que hace a su fundamento epistemológico y a sus relaciones con la política. Encararemos su estudio en el capítulo siguiente.

### 3. ¿ARES CONTRA MINERVA?

Antes de concluir queda por aclarar un punto que reviste alguna relevancia, a saber ¿por qué inicia Clausewitz su teoría de la guerra presentando una figura teórica que deberá ser luego criticada y superada? En nuestra opinión, Clausewitz entiende que es con la noción de duelo como los militares de su época piensan la guerra. Es decir, conciben el hecho bélico como único, aislado, absoluto; pero reniegan de la violencia, del "elemento brutalidad" propio de la guerra. Demoler la figura lógico-especulativa del duelo, significa para Clausewitz operar una crítica frontal de la razón militar. Incluso, si en el esquema duelístico se enfatiza la violencia hasta el absoluto, se intenta con ello señalar las flagrantes contradicciones en que incurre el pensamiento castrense; pensar abstractamente la guerra, pero sin continuar consecuentemente el propio camino que indica la reflexión: pensar hasta el límite, hasta los

extremos, y esto, desde Napoleón, significa pensar en enfrentamientos sangrientos.

El duelo también puede leerse como una sutil condensación de ciertos paradigmas metodológicos de la filosofía moderna. Predominan en el duelo el mecanicismo y el individualismo. El duelo parece describir el estado de naturaleza tal como lo concibe Hobbes, por ejemplo: enfrentamiento total y hasta la muerte o la sumisión absoluta protagonizada por sujetos aislados. También el duelo, tal como el estado de naturaleza de los iusnaturalistas, se ubica fuera del ámbito de la ley y del estado (que sólo se constituirá mediante la concurrencia al contrato de individuos aislados, según toda una gama de pensadores que va de Grocio a Rousseau). No hay duda tampoco de que las leyes de la mecánica y el pensamiento matematizante marcaron a fuego a la filosofía de la modernidad desde su inicio, en vertientes tan diferentes como las que reconocen sus orígenes en Hobbes, en Descartes, en Spinoza.

¿Es la crítica al duelo un balance críptico y profundo de la episteme moderna? Afirmarlo nos pone frente a una tarea de fundamentación que no podemos asumir aquí. Sugerirlo, sólo nos compromete a tenerlo presente en lo que sigue y a aportar, aquí y allá, algún elemento que contribuya a sostener una insinuación escandalosa: ¿Pudo un general aspirar a volar más alto que el búho de Minerva?

## NOTAS

- 1.- Las citas textuales corresponden a: CLAUSEWITZ, Carl von, De la guerra (en adelante: DG, sigue el libro, capítulo y párrafo). Tomamos como base la traducción castellana de R. W. de Setaro editada por Solar.
- 2.- Coherente con su visión aditiva del todo, Clausewitz recomienda cartesianamente ir de lo simple a lo complejo. Cfr. Reglas V y VI en: DESCARTES, René Reglas para la dirección del espíritu en: Obras completas, Charcas, Bs. As., 1980, pp. 52 y ss.
- 3.- ROZITCHNER, León "De la política a la guerra: Clausewitz." en: Perón entre la sangre y el tiempo, p. 68. Este es uno de los escasos trabajos argentinos sobre Clausewitz y nos hemos apoyado en él en numerosas ocasiones. Debemos hacer notar, sin embargo, que hemos obviado toda la relación que Rozitchner establece entre la figura clausewitziana del duelo y el drama edípico definido por Freud. Para Rozitchner el duelo tiene una ostensible matriz "edípica". Se trataría entonces de pensarlo como isomórfico con el drama infantil. Ambos, duelo y edipo, son monistas y carecen de toda ley. Los dos procesos, finalmente, transcurren fuera de las coordenadas espacio-temporales. Tanto Freud como Clausewitz proceden a la crítica del monismo a partir del despliegue de sendas unidades trinitarias. Efectivamente, el aparato psíquico freudiano mantiene una correspondencia no sólo formal sino de contenido con la "extraña trinidad" de Clausewitz (según veremos más adelante). Como en la matriz edípica, señala Rozitchner, el fin u objetivo del duelo, a saber, el aniquilamiento del adversario, se desplaza en beneficio del medio: el desarme y la imposición de la voluntad del vencedor al vencido.
- 4.- Poniendo en relación de intercambio a la guerra con el conocimiento científico en este breve pasaje, Clausewitz contribuye a suturar una escisión ancestral entre el poder y el saber que, para Foucault, se remonta a la Grecia Clásica: "Con Platón se inicia un gran mito occidental; lo que de antinómico tiene la relación entre el poder y el saber, si se posee el saber es preciso renunciar al poder allí donde están el saber y la ciencia en su pura verdad jamás puede haber político". Véase FOUCAULT, Michel La verdad y las formas jurídicas.
- 5.- Para el iusnaturalismo, fuera de la sociedad política originada en la concurrencia al pacto, no existen sino enfrentamientos entre los individuos. El estado pre-polí

tico, esto es, el estado de naturaleza (para Rousseau, la sociedad civil), es un estado de guerra (Hobbes) o de conflicto permanente, que puede estar actualizado (nuevamente, Hobbes) o bien, constituir una amenaza potencial siempre latente (Locke). Como vemos en nuestro texto, para Clausewitz, fuera de la comunidad política sólo resta la figura especulativa que encarna el enfrentamiento entre individuos aislados, enfrentamiento que es llevado a su límite más violento. Véase, también, RAPOPORT, A. "Systemic theories: Hobbes, Hegel, Clausewitz" en: Conflict in man-made environment.

- 6.- Como entidad jurídica, el Estado limitaría el uso de la fuerza, auné, "la fuerza, como recurso del poder, se usa en las relaciones internacionales en régimen de libre competencia". Así se expresa un autor contemporáneo, N. Bobbio, a propósito de las relaciones entre estados. Bobbio afirma, además, un vínculo histórico entre la reflexión sobre la guerra y sobre el estado: "...el tema de la guerra está tradicionalmente ligado al del estado en sus relaciones con el resto de los estados, siendo en definitiva el tema por excelencia de cualquier teoría de las relaciones internacionales. El nexo está claro incluso históricamente: la teoría del estado moderno camina a la par con la teoría de la guerra, de suerte que el De iure belli ac pacis de Grotius (1625) se halla entre medio de los dos grandes tratados sobre el estado, en los que se plantea en nuevos términos el problema central de la soberanía como carácter fundamental del gran estado territorial, la soberanía entendida justamente como el poder exclusivo de disponer de la fuerza en un determinado territorio: la República de Bodin (1576) y el Leviatán de Hobbes (1650)." (V. BOBBIO, N. Estudios de historia de la filosofía, p. 240 y 241).
- También Marcuse subraya la vinculación mencionada, pero esta vez en Hegel y yendo incluso más allá. Para Marcuse, Hegel habría llegado a "un repudio total del Derecho Internacional". "El estado -continúa Marcuse, refiriéndose a Hegel-, el sujeto supremo que perpetúa la sociedad competitiva, no puede estar sujeto a una norma más alta, pues una norma así implicaría una restricción externa de la soberanía y destruiría el elemento vital de la sociedad civil. No hay ningún contrato válido entre Estados. (...) Los Estados soberanos quedan fuera del mundo de la interdependencia civil; existen en un 'estado natural' ". Marcuse traza una continuidad -también afirmada por Bobbio- entre la fuerza interna del estado sobre sus ciudadanos (soberanía) que se prolonga en autoridad externa con sus pares.

Señala Marcuse una coincidencia entre Hegel y Hobbes, en la medida en que ambos filósofos consideran que la guerra, "es el resultado inexorable de cualquier demostración de soberanía. No es ni un mal absoluto ni un accidente, sino un 'elemento ético' (para Hegel, en este caso) pues la guerra completa la integración de intereses que la sociedad civil es incapaz de establecer por sí misma. (...) Hegel era, pues, tan cínico como Hobbes con respecto al Estado burgués..." (V. MARCUSE, H., Razón y Revolución, pp. 217-218). Es característico que en De la guerra no se encuentren condenaciones "éticas" del fenómeno de la guerra, algo, por lo demás, muy común entre los tratadistas bélicos, desde Sun Tzu hasta Guibert.

- 7.- CAILLOIS, R. La cuesta de la guerra, p. 15.
- 8.- KORFES, O., op. cit., p. 169. Sobre este tema puede verse también: DUPUY, R.E. y DUPUY, T.N., The encyclopedia of military history, capítulo XVI.
- 9.- CAILLOIS, op. cit., pp. 105-106, transcribe un pasaje del republicano J. A. H. de Guibert, amigo de Condorcet y de los "filósofos", corroborando esta afirmación. KORFES, por su parte, ejemplifica lo dicho a partir de las teorías del militar antiabsolutista H. D. von Bülow, (op. cit., p. 173).
- 10.- Según Bunge, la mecánica del siglo XVII rechaza la noción aristotélico-escolástica de causalidad a través del principio de inercia (automovimiento de la materia en sentido limitado). Los factores exteriores no son "causa" del movimiento sino de su limitación, según el primer axioma de Newton: "un cuerpo librado a sí mismo no dejará de moverse hasta que alguna fuerza lo haga desviarse o aún **detenerse**" (cit. por BUNGE, M. Causalidad, p. 123). Además, agrega Bunge, desde Galileo en adelante, "se concibe el movimiento de los cuerpos materiales como una pugna entre inercia y fuerza" (op. cit., p. 127). Esto se corresponde con el tercer axioma de Newton, según el cual, ninguna acción se ejerce impunemente, es decir, sin provocar ninguna reacción (ibídem). Notablemente, esto es lo que parece afirmar aquí Clausewitz, por lo cual se nos aparece como muy firme suponer un paradigma newtoniano subyacente en su figura duelística.
- 11.- Para la consideración desde un punto de vista filosófico del tema del progreso vinculado con el de la guerra, V. BOBBIO, N. El problema de la guerra y las vías de la paz,

con citas de Kant y Spencer (p. 305) y de Hegel y Nietzsche, (pp. 67-68). Sobre el factor progresivo de la guerra en el desarrollo social e histórico, puede consultarse, desde diversas perspectivas a: WEBER, Max, Historia económica general, pp. 255 y ss. y también, NAVILLE, Pierre "Trabajo y guerra" en: Tratado de Sociología del trabajo, T. I pp. 312 y ss.

- 12.- Este "elemento objetivo" es la base sobre la cual Clausewitz intenta constituir un "campo de necesidad" contrapuesto al campo del azar que introducirá polémicamente más adelante.
- 13.- De todos modos, no hay aquí una reformulación profunda de su concepción del todo. Una primera aproximación a otro tipo de racionalidad incluye elementos mecánicos y no mecánicos, como la racionalidad estadística. V. BUNGE, op. cit., p. 184.
- 14.- La ecuación aquí parecería ser: enemigo desarmado — enemigo inerte. Como en el mecanicismo (al menos hasta el siglo XVIII) no se produce novedad alguna fuera de un cambio cuantitativo (expropiación de la fuerza de un cuerpo que pasa al otro, manteniéndose el mismo volumen total de fuerzas, sólo que redistribuido). Sobre esto, ver BUNGE, op. cit., pp. 220 y ss.

## II. EL ESTATUTO METODOLOGICO DEL DUELO.

### 1. INTRODUCCION.

Ya hemos señalado que Clausewitz retoma un método filosófico consistente en dilucidar un concepto en su abstracción, fijando las leyes que lo regulan y las determinaciones que lo distinguen, para luego concretarlo. Este procedimiento posibilita la construcción de un modelo, a la luz del cual se analizan los sucesos reales. Este modelo abstracto posee, por consiguiente, un valor explicativo.

En una obra singularmente decisiva para la interpretación de Clausewitz, Raymond Aron pone en juego un puntilloso aparato crítico junto con toda una serie de comentarios tendientes a situar a Clausewitz en la historia de las ideas. En los análisis de Pensar la guerra, Clausewitz ocupan un lugar destacado las consideraciones acerca de lo que podemos llamar el método aplicado por el autor de De la guerra. En efecto, Aron intenta vincular a Clausewitz con los procedimientos metodológicos utilizados por los autores de su tiempo y, simultáneamente, actualiza la cuestión mediante la puesta en relación del pensamiento de éste con ciertos clásicos posteriores de las ciencias sociales. Curiosamente, y en especial por tratarse de un trabajo donde se

dan sobradas muestras de una gran erudición, Aron apenas considera las posibles repercusiones que en la elaboración del constructo clausewitziano haya jugado el pensamiento científico de la época. Para el específico caso del modelo duelístico, Aron va más allá de una simple desatención: concretamente, vacila en atribuir una posible influencia en el sentido propuesto por nosotros.

## 2. LAS FILIACIONES DE ARON.

Para Aron, el conflicto de las interpretaciones sobre las posibles influencias intelectuales que sufriera Clausewitz ha constituido un cierto conocimiento, más aparente que real en la mayoría de los casos, pero también una suerte de obstáculo. Precisamente, tras la valla de dicho obstáculo, Aron encuentra la figura de Montesquieu. Sabemos que es uno de los escasos autores filosóficos que Clausewitz cita explícitamente. En contra de los intérpretes alemanes que han visto apenas una incidencia literaria de Montesquieu sobre Clausewitz, Aron pretende ampliar los puntos de contacto entre los dos autores, a partir de una problemática y una metodología comunes. El intérprete francés no se **preocupa** por dejar sentada una influencia, pero registra ciertas analogías, ciertas preocupaciones compartidas. El permanente contrapunto, típico en Clausewitz, entre la idea de la

guerra y su realidad, es una de ellas. También Montesquieu, según Aron, sigue un procedimiento similar: un perpetuo vaivén entre la esencia unitaria y la pluralidad real de la historia. Todavía más, para Montesquieu, de la naturaleza de cada especie de régimen político se desprenden leyes especiales, no absolutas, sino válidas específicamente para ese régimen (república, monarquía, despotismo). Esta especificidad normativa, exigida por cada marco conceptual, tiene en Clausewitz su contrapartida -señala Aron- en las distintas estrategias adecuadas a los distintos tipos de guerra. En ambos casos, se intenta resaltar el carácter rector que tiene la política.<sup>1</sup>

También, aunque con cierta reserva, Aron apunta una filiación entre el procedimiento de construcción de conceptualizaciones abstractas de Clausewitz y la teoría de los tipos ideales de Max Weber.<sup>2</sup> El matiz de diferenciación estaría dado por el hecho de que, para Weber, el tipo ideal consistiría en una "imagen mental racionalizada" que se opone a una realidad confusa que debe ser esclarecida por aquélla mientras que, por su parte, Clausewitz no opone tajantemente ambos términos sino que los conecta mediante una gradación. Así, en Clausewitz, el caso extremo representado por el concepto se halla más o menos próximo a lo real o, para decirlo en términos de Aron, sólo habría "una escala" que distingue y distancia lo histórico-político de lo ideal. Para Clausewitz, dice Aron citándolo, "la cosa misma decide",

esto es, la definición conceptual viene impuesta por el objeto cuya estructura se busca definir.<sup>3</sup>

Pero, la guerra absoluta, el duelo que la encarna, no es sólo una simple construcción ideal, sino que es ya la guerra real en algún sentido. Aron, por supuesto, reconoce este hecho cuando escribe que la forma absoluta de guerra desborda la categoría de tipos ideales de Weber. No se trataría pues, para decirlo ahora desde Kant, de una idea regulativa (paradigma racional pero de acceso cognoscitivo inalcanzable, al menos en sentido pleno), sino de una figura especulativa, cuya realización real - con modificaciones que devienen de la situación concreta, histórica y política, con sujetos en verdad refigurados-, puede (enfaticamos su carácter condicional) verse consumada. De manera que, tal como señala Aron, en la lógica abstracta del duelo, late la lógica misma de la realidad. En ese sentido, no se trata sólo de una herramienta especulativa, sino de un posible extremo ciertamente actualizable. Es por ello que Aron busca otra comparación metodológica en el ámbito del conocimiento social. Y la encuentra en el libro I de El Capital.

Ahora bien, Aron se limita a poner de relieve una similitud de carácter general: la serie conceptual que se desarrolla en el libro I, capítulo I de De la guerra se corresponde con la dialéctica de los conceptos económicos que Marx analiza en el libro I de El Capital. En ambos pensadores, comenta Áron, el foco de sus

investigaciones está dirigido a relevar la noción de actividad social: la guerra, en el primer autor y el trabajo, en el segundo. Los dos términos remiten a "formas de acción del hombre sobre el hombre".<sup>4</sup> El paralelismo guerra-trabajo no parece descabellado sobre todo si, apartándonos de Aron, escuchamos al propio Marx, quien refiriéndose a las tribus originarias dice:<sup>5</sup>

La guerra es entonces la gran tarea común, el gran trabajo colectivo, necesario para ocupar las condiciones objetivas vitales o para proteger y eternizar la ocupación de las mismas.

Esta conexión de la guerra con otras actividades sociales, resaltada aquí por Aron (y confirmada directamente por Marx) ya había sido destacada, en nuestra opinión, por el mismo Clausewitz, cuando compara la guerra con el comercio. Tal comparación -dicho sea de paso- entusiasmaba al Marx lector de De la guerra como lo atestigua su correspondencia.<sup>6</sup>

Pero ateniéndonos más a la estructura conceptual de estos dos grandes clásicos de las ciencias sociales. De la guerra y El Capital, vemos que en ambos casos se verifican intensas similitudes metodológicas. Podemos equiparar, por ejemplo, al duelo con el status teórico-metodológico que tiene la mercancía en el comienzo de la obra de Marx. En efecto, si recordamos lo dicho acerca de la guerra como "multitud de duelos" en la apertura de la obra clausewitziana, podemos muy bien comparar ese pasaje con la primera frase de El Capital:

La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un 'enorme cúmulo de mercancías', y la mercancía individual como la forma más elemental de esa riqueza.<sup>7</sup>

Duelo y mercancía tienen en común ser unidades de análisis, punto de partida de la exposición, pero además punto de llegada de la reflexión. Asimismo, ambos conceptos aparecen como formando parte de un todo puramente agregativo, especificando sólo su aspecto natural, para ir transformándose a lo largo de las respectivas investigaciones, en la medida en que su núcleo es considerado como ya verdadero (la violencia en un caso, el valor en el otro) y puede contextualizarse socialmente, enriqueciéndose con determinaciones sociales a medida que se concreta. El "duelo aislado" y la "forma celular económica" comparten una extraña enajenación por la cual los sujetos ceden su protagonismo a las cosas naturales y éstas toman el lugar de las relaciones sociales. Globalmente, en fin, ni Marx ni Clausewitz pretenden describir un proceso histórico particular; aún cuando la historia, para ambos pensadores, sea el laboratorio o campo experimental de la teoría. El capitalismo inglés y las guerras del Imperio napoleónico están en la génesis de ambos modelos teóricos, pero éstos tienen un valor heurístico que los trasciende hacia la clarificación de procesos de orden más general: el capitalismo moderno, la guerra moderna. Otras formaciones económico-sociales, otras guerras históricas obedecen a sus propias leyes, tienen sus modelos teóricos especí-

cos, aun cuando se detecten constantes que obran de enlace entre todos ellos.

### 3. UNA DIGRESION POLEMICA.

Como ya pusimos de manifiesto, en el análisis del devenir de la esencia de la guerra Clausewitz contraponen dos tipos de leyes. Por un lado, las leyes necesarias que impulsan el ascenso a los extremos y el choque de fuerzas que caracteriza al duelo. Por el otro, las determinaciones reales modifican aquella esencia e irrumpen en el análisis las leyes de la probabilidad. Vamos a concentrarnos, sin embargo, en las primeras, a partir del siguiente interrogante: ¿De qué clase de leyes se trata?

En nuestro análisis correspondiente creemos haber respondido con claridad: se trataría, en el duelo, de trazar un símil con las leyes físico-naturales establecidas por Newton en sus Principia. Dicho de otro modo, el campo de la necesidad fijado por los axiomas clausewitzianos, remite al ámbito de la física.

Aron, empero, no es concluyente sobre este punto. Para él, las leyes necesarias del duelo no son de naturaleza física,<sup>8</sup> sino leyes interiores que obedecen y derivan de la naturaleza

misma de la cosa (el concepto abstracto de la guerra, para el caso). Estas leyes expresan la entidad ideal de que se trata y las relaciones necesarias a que ella obliga. Aparte de las leyes del ascenso a los extremos que, según Aron, extraen su necesidad de la abstracción de la cosa, Clausewitz menciona otra ley, a la que llama "suprema": la ley de la decisión por las armas,<sup>9</sup> según la cual el encuentro armado es el medio supremo de resolución del conflicto, y cuando el enemigo lo plantea no hay manera de eludirlo. A pesar de estar formulada en un capítulo que en rigor está fuera de los límites que nos hemos impuesto para este trabajo, esta ley merece ser considerada ya que se presenta como un lógico corolario del choque duelístico y de la tendencia hacia el agotamiento de las fuerzas que en él se invierten (destrucción del enemigo). Ahora bien ¿qué dice Aron sobre esta ley? En principio vacila. Se pregunta retóricamente si Clausewitz, al formularla, pensaba en la ley de gravitación y se responde ambiguamente que tal vez sea el caso.<sup>10</sup> Después, advierte que las leyes lógicas (del duelo-esencia) están "a veces relacionadas con las matemáticas".<sup>11</sup>

No se trata aquí, por supuesto, de intentar conocer qué estaba en la cabeza de Clausewitz cuando escribió el primer capítulo de De la guerra; sino de establecer alguna conexión entre el modelo duelístico y el paradigma científico que predominaba en su época: el newtoniano, y esto a partir de ciertos

indicios que creemos advertir en su texto.

Aron afirma que los nombres de Kant o de Hegel no aparecen ni una sola vez en De la guerra. En cambio, Newton es mencionado en tres oportunidades. Sin duda puede tratarse de un hecho fortuito. Pero si no lo fuera, podrían extraerse de esta sugestiva coincidencia (por lo demás, puesta de relieve por la propia crucifixión de Aron) algunas conclusiones. En las tres ocasiones en que Newton es evocado, Clausewitz contrapone todo su talento científico al talento militar de Bonaparte y de Federico. Las complejidades de la dirección de una guerra, dice en resumen Clausewitz, pueden compararse con el genio necesario para encarar los difíciles cálculos que un Euler o un Newton resolvieron con éxito. Pero la diferencia estriba en que el jefe militar extrae su saber de la experiencia, y ésta se encuentra condicionada por una serie de factores que escapan al cálculo riguroso. En síntesis, el jefe militar -como veremos más adelante- calcula probabilidades a partir de las sobredeterminaciones que la política impone a la guerra. Sin embargo, el científico, -y he aquí la contraposición- procede con cálculos rigurosos porque se mueve en un universo abstracto que se lo permite: el de las matemáticas. No se le puede reprochar a Aron no ser consciente de los términos de esta contraposición, ya que él mismo la admite.<sup>13</sup> Pero sí se le puede objetar que no haya advertido que Clausewitz está evocando con este contraste la distancia existente entre la

guerra real (de Napoleón, de Federico) y la guerra pura (asimilable a los universos abstractos de la ciencia físico-matemática).

De este modo, parece sorprendente que Aron se resista a vincular la esencia conceptual de la guerra con el saber científico. Indudablemente, el procedimiento seguido por Clausewitz en su análisis del duelo es notablemente filosófico. En esto coincidimos plenamente con Aron. Pero, ¿por qué no considerar también una vinculación entre la guerra pura y el ámbito puro de las ciencias? Esta vinculación, además, puede darnos la clave de una sutil crítica de Clausewitz a la metodología matematizante empleada por los teóricos estratégicos de su tiempo. La esencia-duelo implica un modelo heurístico para el conocimiento de la guerra real. Pero este conocimiento no puede ser tenido por pleno, si no acudimos a la experiencia histórica, si no ingresamos las variables que provienen del campo de la política, en una palabra, si no abandonamos el ámbito puro de la ciencia dura, con sus leyes universales y necesarias, para acceder a otro tipo de racionalidad: la probabilística. Para Clausewitz, será preciso entonces efectuar una salida especulativa de la figura del duelo para acceder a otro momento, que sucesivamente se convierte en definitivo, donde encontraremos la guerra en todas sus determinaciones, esto es, su esencia modificada en aquello que tenía de incompatible con la realidad, y enriquecida en ese tránsito. Luego analizaremos esto con más detalle.

Aron postula que ninguno de los empleos del concepto de ley en Clausewitz (leyes necesarias en el universo conceptual, leyes probabilísticas en el plano real) implican el equivalente de una ley "física" de los fenómenos bélicos.<sup>14</sup> Si esto es así, no se explica por qué inmediatamente después, al volver sobre el análisis del duelo, Aron utiliza las expresiones "choque mecánico" y "modelo mecánico" del choque de las fuerzas contrarias". ¿Acaso la mecánica no implica leyes físicas? Nuestro comentarista también se ve en problemas cuando, a propósito de una cita de Clausewitz en la que éste se refiere al "choque puro de violencia" como sometido a una ley "natural", Aron ensaya un insólito rodeo para intentar justificar la razón por la cual Clausewitz habla de una "ley natural" y no de una "ley original". Además ¿no fue el propio Aron quien comparó el análisis de la guerra, con el trabajo y la mercancía analizados por Marx en el libro I de El Capital? Y estas dos últimas nociones, ¿no tendrían entonces ninguna relación con lo natural?<sup>15</sup> Aron se obstina por aparecer, sobre este punto, como más "filosófico" que el propio Clausewitz.

NOTAS

---

- 1.- Para este tema, Véase: ARON, op. cit., I, I, pp. 281 y ss. También *passim*.
- 2.- Carl Schmitt comenta una filiación análoga, establecida esta vez por Julien Freund, un discípulo de R. Aron. Siempre según Schmitt, Freund dice que Clausewitz habría desarrollado definitivamente el tipo ideal de guerra adecuado al método sociológico que más tarde pondría en práctica Max Weber. (Cfr. SCHMITT, Carl Clausewitz como pensador político, pp. 42, 75 y ss.)
- 3.- V. ARON, op. cit., T. I., pp. 60-61.
- 4.- *Ibidem*, p. 245.
- 5.- MARX, Karl: Formaciones económicas precapitalistas, p. 54 (subrayado nuestro). En la "Introducción" que hace Eric Hobsbawm a la misma edición se lee el siguiente comentario: "Podría aventurarse la suposición de que Marx le daba una importancia considerable a la organización militar (puesto tanto en el sistema germánico como antiguo) 'la guerra es uno de los trabajos más originarios de todas estas comunidades naturales, tanto para la afirmación de la propiedad como para la nueva adquisición de ésta.'" (p. 32).
- 6.- En De la guerra hay dos juegos de comparaciones. Primeramente, se compara la guerra con las bellas artes, y al jefe militar con el artista, por su libertad de creación (esto le sirve a Clausewitz para fundar su concepción del "genio" guerrero, asimilándolo al talento del artista). En segundo término, y esto es lo que nos interesa, se compara a la batalla con el pago al contado en el comercio. Esta última afirmación merece comentarios elogiosos de parte de Engels (V. carta a Marx del 7 de enero de 1858) y del mismo Marx (respuesta al primero del 11 de enero de 1858). Según Ancona, Marx no habría leído a Clausewitz hasta 1857 (Cfr. VV.AA., Clausewitz en el pensamiento marxista, p. 16). Ese mismo año, Marx diseñó un proyecto de investigación que quedaría olvidado. En su primera prioridad Marx escribió: "La guerra se ha desarrollado antes que la paz: mostrar la manera en que ciertas relaciones económicas tales como el trabajo asalariado, el maquinismo, etc., han sido desarrolladas por la guerra y en los ejércitos antes que en el in-

terior de la sociedad burguesa. Del mismo modo, la relación entre las fuerzas productivas y relaciones de tráfico se presenta particularmente visible en el ejército." (Introducción general a la crítica de la economía política (1857), p. 59). De este modo vemos que la importancia de la guerra en el desarrollo histórico no se limita, para Marx, a las comunidades primitivas. Queda claro también una coincidencia con Clausewitz a propósito del ejército y las "relaciones de tráfico".

- 7.- MARX, K. El Capital, Tomo I, p. 43. Inmediatamente se agrega: "Nuestra investigación, por consiguiente, se inicia con el análisis de la mercancía". Esta comparación no sugerida explícitamente por Aron, se encuentra sin embargo (aunque no desarrollada) en: Rozitchner, León: "De la política a la guerra: Clausewitz", p. 75. Para cotejar el texto de Marx con el respectivo pasaje de De la guerra, véase supra p.10.)
- 8.- "¿De qué leyes se trata? ((en el ascenso a los extremos)) ¿Leyes-mandamientos? Por cierto que no. ¿Leyes de naturaleza física? Tampoco: las fuerzas, sustraídas al control del entendimiento se desencadenan según su ley interior, de acuerdo con su naturaleza." (ARON, op. cit., T. I, p. 223).
- 9.- Esta ley aparece formulada en DG, I, II: "...hemos visto que el encuentro es el único medio y que, en consecuencia, todo debe estar sometido a una ley suprema: la decisión por las armas; que cuando el enemigo exige esa decisión, su apelación no puede ser rechazada (...) vemos en resumen, que la destrucción de las fuerzas enemigas aparece siempre como el objetivo predominante sobre todos los otros que puedan buscarse en la guerra."
- 10.- "¿Es preciso comparar la ley suprema de la decisión por las armas con la ley de la gravitación, ley del mundo real que domina las leyes más particulares? Tal vez Clausewitz pensó vagamente en tal aproximación, pero no lo creo por la simple razón de que, según él, la mayoría de las guerras no implican decisión, o en todo caso grandes decisiones, por las armas. ¿Cuál es, pues, la solución? Responderé: verdad abstracta que expresa las relaciones necesarias que resultan de la naturaleza de las cosas." ARON, op. cit., T. I, pp. 223-224, y cita 14, donde agrega, a propósito de su última frase: "El uso del vocabulario de Montesquieu es, desde luego, intencional". En desmedro de los alemanes, Aron enfatiza sobre Montesquieu; en desmedro del comentarista francés enfatizamos sobre Newton.

- 11.- "A las leyes lógicas, a veces relacionadas con la matemática, se oponen las leyes de la probabilidad." (Ibídem, p. 225) Después Aron incluye un comentario sobre las leyes de la probabilidad a las que también les niega una vinculación con las matemáticas, equivocadamente a nuestro criterio. Véase para esto, GLUCKSMANN, A. El discurso de la guerra, p. 43, donde se argumenta que las probabilidades se completan con la teoría de los juegos, la cual recupera la "intención del enemigo", cosa en la que se basa Aron para desprestigiar el carácter matemático de la probabilidad.
- 12.- ARON, op. cit., T. I, pp. 274 y 226 respectivamente.
- 13.- Cfr. ibídem, p. 168.
- 14.- Ibídem, p. 230. Las expresiones a continuación se encuentran en pp. 230 y 231.
- 15.- "El trabajo que sólo constituye una manifestación de la fuerza natural, se remite siempre a un sustrato que no se puede resolver en trabajo. Marx vuelve en forma sistemática a este sustrato natural del trabajo en El Capital en su análisis del doble carácter de la mercancía y del trabajo que en ella se objetiva. La mercancía es una unidad de determinaciones opuestas. Como "célula" de la sociedad burguesa refleja en sí la relación de la naturaleza con el proceso histórico, tal como éste se presenta en el estadio de las fuerzas productivas avanzadas. La mercancía contiene la naturaleza como 'ser en sí' y como 'ser para otro'." (SCHMIDT, Alfred El concepto de naturaleza en Marx, p. 73) El sustrato natural es el valor de uso que le proporciona objetividad a la mercancía. (V. ibídem, p. 136). Para Schmidt, en Marx no habría oposición entre historia y naturaleza, sino que la segunda se encontraría mediada por la primera.

## CAPITULO II

---

### EL PASAJE A LA GUERRA REAL.

#### 1. LA INTRODUCCION DE LA POLITICA.

Lo que posteriormente Clausewitz denominará "el objetivo político de la guerra" (DG. I, 1, 16) había sido colocado entre paréntesis teóricos cuando se eliminaron expeditivamente los conceptos de ley y de estado del análisis inicial. Al comienzo del párrafo 16, Clausewitz dice que es hora de volver a considerar a la política en toda su centralidad, ya que había sido desplazada para efectuar el despliegue duelístico.

Clausewitz señala que el objetivo político de la guerra no es sólo "causa original" de la misma, sino que la determina en todas sus fases hasta la consumación de sus fines. Recordemos que lo que hace posible la reintroducción de la política en el análisis es la constatación de la inviabilidad práctica de las leyes del ascenso de la violencia a su expresión máxima. Como la guerra no es pura aniquilación por medios militares -parece indicar Clausewitz-, entonces se abre un espacio para la dimensión política.

La guerra ya no está sometida a los rigores de una normatividad tan abstracta como necesaria; puede, por el contrario ser estudiada a la luz de un parámetro que no se erige como absoluto, a saber, el de los fines políticos que se buscan conseguir con

las acciones militares. De este modo, la política determina una serie de gradaciones posibles en la intensidad que adquiere el conflicto bélico. Este, en consecuencia, tanto puede ascender al nivel de "guerra de exterminio" como descender a una simple "vigilancia armada" entre estados nacionales. En una palabra, Clausewitz no elimina sin más la posibilidad de un enfrentamiento total -característico del modelo duelístico y de su férrea ley ascendente-, sino que retiene esa perspectiva aunque atendiendo a dos condiciones que surgen de la experiencia histórica: no es la única forma que adquiere la guerra y, last but not least, su actualización no depende de ninguna necesidad formal sino de la magnitud de los intereses en juego; así como también de la pasión con que éstos sean encarnados por las masas, las cuales, en definitiva, protagonizarán la mediación entre dos estados mayores.

La introducción del término "masas" por parte de Clausewitz es sumamente significativo. Si alguna consecuencia general podía extraerse de los acontecimientos de 1789 es que los actores políticos no se reducían a personajes ilustres, sino que el pueblo había tomado un rol de decisiva importancia en el plano público, plano al que podía acceder ahora con plenos derechos formales. Esta comprobación, por supuesto, no se limita a la participación popular en tiempos de paz sino que se extiende sobre todo a la guerra, como lo atestiguaba el dinamismo y el ímpetu de los

ejércitos napoleónicos. Clausewitz supo incorporar a su problemática las enseñanzas de su época.<sup>1</sup> La Revolución y las guerras consiguientes revelaron que la participación de los ciudadanos-soldados en la guerra moderna fue una herramienta política formidable en la que se cifraba la clave del arrollador avance napoleónico sobre la Europa del Ancien Régime, con sus ejércitos de vasallos sin ciudadanía y sin tierras. De manera muy especial, la historia ponía de manifiesto por primera vez en mucho tiempo, la posibilidad real de una guerra con picos de violencia impresionantes vis á vis las elegantes maniobras incruentas que preponderaron en los tratados y en los campos de batalla antes de la irrupción de las milicias revolucionarias.

## 2. CONSECUENCIAS DE LA RESTRUCTURACION DEL CONCEPTO DE GUERRA.

A partir de este párrafo 16 que estamos examinando, Clausewitz hace algo más que constatar la inoperancia práctica del concepto fundamental que había guiado hasta aquí la investigación sobre la guerra. El duelo no es simplemente objeto de una crítica dirigida a superarlo en lo que tiene de abstracto; antes bien dicha crítica tiende también a conservar algunos de sus motivos esenciales. Muy notoriamente, y como ya tuvimos ocasión de comprobar, la violencia máxima es retenida, aunque despojada de su imperiosa lógica ideal y ubicada en el campo de posibilidades

actualizables. Aunque la violencia extrema se recupere para la "guerra política", los motivos de su inclusión en el nuevo concepto no obedecen a un imperativo de la lógica empleada en el análisis del duelo. Por el contrario, esta inclusión se relaciona con las exigencias que, en ciertas circunstancias, y por la magnitud del objetivo a consumir, la política le impone a la guerra puramente militar.

Este reparo nos reintroduce en el cambio epistemológico crucial que se produce en el pasaje del duelo a la guerra real. Aludimos al cambio de marco racional: sustituimos la racionalidad necesaria que regía la guerra pura por el cálculo de probabilidades. Dedicaremos nuestro próximo capítulo al estudio de las implicancias de esta mutación y su relación con el saber científico contemporáneo del autor de De la guerra.

Por el momento, continuaremos poniendo de manifiesto otras características del proceso de reestructuración del concepto de guerra. Una de ellas, sin duda, consiste en la puesta en crisis de la noción de polaridad. En el duelo, como se recordará, se verificaba una simetría entre los contendientes. Lo que uno ganaba, lo perdía el otro. La moderna teoría de los juegos llama a esta situación "juego de suma cero". Como indica el propio Clausewitz:

El principio de polaridad sólo es válido, si como tal es la cosa misma, en la cual lo positivo y su contrario, lo negativo, se destruyen mutuamente. (DG I, 1, 15).

En la guerra real, en cambio, este esquema se complica. Si bien resta una cierta polaridad, lo importante es destacar que hay dos "formas" o situaciones diferentes de hacer la guerra. Ellas son: el ataque, por un lado, y la defensa por el otro. El primero tiene un propósito positivo; intenta apropiarse de algo usando para ello toda su potencialidad. La última, posee un propósito negativo, ya que trata de resistir. Contrariamente a lo que podría inclinarnos el sentido común, Clausewitz dice de la defensa que es una forma "más fuerte" que el ataque (con lo cual ya introduce un desequilibrio que atenta contra la simple polaridad entre ambos bandos). Por añadidura, es el defensor quien inicia la guerra. Estas últimas observaciones caen fuera de los límites de esta investigación. Defensa y ataque, en tanto formas diversas que asume la guerra son estudiados por Clausewitz en sendos libros de su obra (VI y VII respectivamente).

La distinción entre ataque y defensa se introduce en función de una problemática más general. Clausewitz se interroga por la posibilidad de la detención de un conflicto. El ascenso a los extremos no dejaba espacio alguno para la tregua. El ritmo inexorablemente ascendente en el uso de la violencia, exigido por el objetivo de la aniquilación del enemigo, impedía cualquier interrupción del combate. En la guerra políticamente determinada tenemos, en cambio, que los cheques armados poseen una duración y que, además, suele haber entre ellos períodos sin actividad bélica.

Como sabemos, la lógica interna del duelo hacía imconcebible una tal situación. Pero ¿cómo es ella posible en la guerra política? parece preguntarse ahora Clausewitz. La respuesta reconoce dos momentos. En primer término, a pesar de que las acciones militares se hayan suspendido momentáneamente, el motivo hostil que condujo a la guerra todavía permanece (en otras palabras, los oponentes no han firmado la paz). Dicha suspensión puede deberse a que alguno de los bandos "desca esperar un momento más favorable para la acción" (DG I, 1, 13). Esto en virtud, precisamente, de la no polaridad de la guerra real. De lo contrario, si uno de los dos combatientes prefiriera esperar, su adversario debería encontrar ventajoso actuar -y lo haría-, impidiendo consiguientemente cualquier tregua. Hay aquí una suposición implícita: el mutuo conocimiento de los adversarios y de las circunstancias que rodean su conflagración.<sup>2</sup> Explicitar el supuesto nos conduce a la segunda razón. Es posible una suspensión del combate (aunque no de la guerra en sí misma). Clausewitz la atribuye al conocimiento inexacto o precario de la situación:

Un jefe sólo tiene conocimiento personal exacto de su propia posición; conoce la de su adversario solamente por informes inciertos (...) Esta ausencia de conocimientos (...) siempre debe ser considerada como una de las causas naturales que (...) pueda conducir la acción militar a un estancamiento.  
(DG, I, 1, 18)

La dimensión temporal vuelve a ser una variable crucial para la desequilibración de la teoría pura de la guerra. La duración de las hostilidades implica que éstas tomen un ritmo

menos febril que en el duelo y, en consecuencia, que los períodos de inacción sean posibles además de frecuentes. La duración permite, por añadidura, que el jefe militar y su ejército se mantengan "por debajo del punto extremo exigido por la teoría" (DG, I, 1, 19).

En resumen, la posibilidad teórica de periodizar la guerra no sólo obliga a ajustar el marco conceptual a las diversas etapas (acción-inacción) que cualquier analista reconoce en toda guerra empírica; sino que -lo que para nosotros es más importante- dicha periodización habilita un cambio de dominio teórico. Dicho de otro modo, un pasaje de un dominio caracterizado por la búsqueda de exactitud teórica independiente de las circunstancias reales, a otro, en el cual la atención se centra en lo que "la naturaleza de la situación concreta reclame". Este nuevo dominio -dice Clausewitz- requiere establecer conjeturas a partir de circunstancias dadas. Se trata aquí del cálculo de probabilidades, de una nueva racionalidad exigida por la esencia real de la guerra.

### 3. LA GUERRA COMO JUEGO Y SU TEORIA.

Los fenómenos bélicos, entonces, y también el marco teórico que debe dar cuenta de ellos se caracterizan por enfrentar toda una serie de imponderables (devenidos de la incertidumbre infer-

mativa sobre el enemigo y de las circunstancias del combate). Por consiguiente, ningún cálculo exacto es posible ya que las características de su objeto así lo impiden.

Difícilmente aprehensible por la racionalidad tradicional que aspira a la precisión, la guerra, señala Clausewitz, ofrece todavía más dificultades. A los inconvenientes de carácter inconmesurable, debidos al tiempo y al desconocimiento de la situación, se añade ahora el azar:

Ninguna actividad humana tiene contacto más universal y constante con el azar que la guerra. El azar, juntamente con lo accidental y la buena suerte, desempeñan así un gran papel en la guerra. (DG, I, 1, 20)<sup>3</sup>

Con todo, hasta aquí no hemos hecho otra cosa que evaluar el aspecto objetivo de la guerra. Si tomamos en consideración los factores subjetivos veremos confirmarse, en mayor medida, la caracterización de la guerra que estamos analizando. Clausewitz -recuperando otra característica del duelo al mismo tiempo que redimensiona a sus protagonistas- afirma que "el elemento dentro del cual se realiza la acción bélica es el peligro" (DG, I, 1, 21), y en él se destaca el valor como cualidad moral predominante. Más adelante, englobará al valor junto con otras disposiciones subjetivas relevantes para la guerra en la construcción de una categoría sustantiva de su teoría: la de fuerza moral.<sup>4</sup> La introducción de variables subjetivas agrega todavía más incertidumbre a la actividad guerrera. De manera que -dice Clausewitz- ya nada nos impide comparar a la guerra con un juego. Y precisa-

rá: un "juego de naipes" (ibídem).

La guerra, por sus peculiaridades objetivas, deja un amplio margen para el azar. Su elemento es el peligro, y en él se prueban las fuerzas morales de los hombres, fuerzas subjetivas que se resisten a cualquier precisión numérica. Sin embargo, el entendimiento aún aspira a subsumir a la guerra en un cuerpo doctrinario, pero para ello debe sacrificar buena parte de sus ansias de certeza con el fin de recuperar toda la riqueza que le ofrece su objeto:

En lugar de abrirse paso con la inteligencia por el estrecho sendero de la investigación filosófica y de la deducción lógica, prefiere moverse lentamente con la imaginación en el dominio del azar y de la suerte a fin de llegar casi inconscientemente, a regiones donde se siente extraño y donde todos los objetos familiares parecen abandonarlo. (DG, I, 1, 22)

Clausewitz expone dramáticamente la hostilidad que muestra la guerra ante el entendimiento. La guerra es terreno inhóspito para los instrumentos intelectuales que procuran exactitud y claridad. La facultad de conocer se halla desamparada, extraviada ante la multiplicidad de imprevistos que le impiden la "formulación de reglas claras y conclusiones absolutas". Debe vérselas con el "elemento humano", con las "fuerzas vivas y morales" incommensurables, relevar lo accidental, lo imprevisible. Lo azaroso, en fin, parecería volver inadaptable la guerra a una formación científica que la regule. ¿Es posible aún una teoría de la guerra? Clausewitz responde, con decisión, afirmativamente. Pero una teoría debe atenerse a ciertas condiciones:

...la teoría sólo debe formular reglas que ofrezcan una libre esfera de acción para estas virtudes militares necesarias y novilísimas, en todos sus grados y variaciones. (Ibídem)<sup>5</sup>

La teoría, pues, no debe ser, una teoría normativa en sentido fuerte. Es decir, debe procurar la suficiente flexibilidad como para evitar constituir un repertorio de instrucciones prácticas abstractas, separadas del contexto situacional. Se trata de conformar una teoría ad hoc del obrar humano, una "praxiología" como la llama Aron,<sup>6</sup> sin que pueda recurrirse a ningún modelo previamente construido. Esto diferencia radicalmente a Clausewitz de los hacedores de sistemas estratégicos que resultan inevitablemente rígidos, anacrónicos (no dan cuenta de la guerra post-revolucionaria) e inútiles (ya que una teoría de la guerra impracticable carece de todo interés). Dichos pensadores militares, además, obstaculizan el registro teórico de la guerra real, definitivamente alejada de sus esquemas dogmáticos. La ciencia de la guerra según Clausewitz debe cumplir otros dos requisitos: un alto grado de generalización en sus conceptos, sumado a la organización sistemática de los mismos. En síntesis, se trata de renunciar al esprit de systéme pero imponiéndose un esprit systématique. Posición bien iluminista, por cierto.<sup>7</sup>

De acuerdo con Aron, Clausewitz se ubicaría en un contexto teórico dominado por dos figuras centrales: H. von Bülow y Berenhorst. El primero, representa el pseudo-racionalismo geométrico

y las teorías dogmáticas de la guerra. El segundo teórico considera que el azar domina enteramente la guerra y postula la completa imposibilidad de un saber racional sobre la misma. Ambos estrategas del Ancien régime coinciden en el carácter no decisivo de la batalla y condenan moralmente a la guerra.<sup>8</sup>

Frente a estas posiciones, Clausewitz afirma la posibilidad de una ciencia o un arte de la guerra (Berenhorst no admitía ninguno de los dos términos). Pero, al mismo tiempo, impone ciertas condiciones epistemológicas que distancian la teoría de la conducción bélica del reduccionismo geometrizable de Bülow. Aparentemente, la introducción de la magnitud incalculable de "fuerzas morales", tornaría imposible la teoría. Además, la concepción clausewitziana incluye la variabilidad histórica del saber sobre la guerra, ya que cada época tiene su propio tipo de guerra, y, por lo tanto, su teoría. Este relativismo histórico bloquea la aspiración de un Bülow por constituir un repertorio de consejos o reglas válidos universalmente (Bülow los llama "teoremas", poniendo de manifiesto una aspiración geometrizable). Clausewitz no es, epistemológicamente hablando, un escéptico. Más bien, convendría considerarlo como un teórico que no se adhiere al ideal geométrico y normativo de ciencia al uso en su época. El saber de la guerra no puede ser un saber exacto, o dotado de la exactitud propia de las ciencias formales y naturales, porque en la guerra se trata de constituir un conocimiento social de las acciones humanas. Como dice Aron, el presunto "escepticismo epis-

temológico" de Clausewitz, por denominarlo de algún modo, tiene un contenido positivo.<sup>9</sup> La teoría de la guerra es posible, pero bajo ciertos prerequisites peculiares. Esta polémica en un doble frente contra el dogmatismo y el escepticismo que lleva a cabo Clausewitz, recuerda vagamente la encrucijada teórica a la que se vio enfrentado Kant. Abordaremos otros aspectos de la "epistemología" clausewitziana en nuestro próximo capítulo.

#### 4. LA SOBREDETERMINACION POLITICA.

La decisiva influencia de la política en la guerra, tal como la entiende nuestro autor, no sólo es importante por ser Clausewitz el primer teórico militar en poner en evidencia, de manera clara y contundente, la sobredeterminación política que sufre toda guerra (en especial la guerra moderna tal como se mostró tras los acontecimientos franceses de 1789). Desde nuestros objetivos, resultará todavía más importante un relevamiento de la relación política-guerra, porque la política, por así decir, corona la reconstrucción integral de la noción pura de la guerra que arranca en el duelo y culmina en los seis últimos párrafos de nuestro texto.

La guerra, como vimos, puede compararse con un juego de nai-

pes. Ello no implica -advierte Clausewitz- que la guerra sea un mero pasatiempo; antes bien, ella es "un medio serio para un fin serio".

¿Qué impulsa a los estados nacionales a recurrir a ese "medio" que es la guerra? Una cierta necesidad política. En el origen de toda guerra hay siempre un "motivo político". Por tanto, concluye Clausewitz, la guerra es "un acto político" (DG, I, 1, 23). Un acto que busca alcanzar un fin u objetivo político.

De acuerdo con su metodología, Clausewitz nos convoca, nuevamente, a retrotraernos a la figura del duelo, piedra de toque conceptual que permite destacar las cualidades de la guerra real. Según este modelo duelístico, la guerra considerada "en sí misma", no era otra cosa que un acto cerrado en tanto autónomo, pura explosión de violencia que se resolvía en un choque mecánico e instantáneo. Pero esta idea -dice Clausewitz- es "fundamentalmente falsa", esto es, no completamente ajena a la verdad, sino falsa en tanto sus fundamentos lo son. Si recordamos las condiciones de verdad en las que se verificaba el duelo, recordaremos también que éste tampoco se ajustaba a las condiciones de la esfera práctica. En primer término, porque la guerra no es un "acto aislado", sino, como ahora sabemos, un "acto político"; a esto se refiere Clausewitz cuando afirma (en otro lugar) que la guerra no tiene una lógica propia sino tan sólo una gramática propia y esto porque ella es parte de un todo y ese todo es la política.<sup>10</sup> En otras palabras la guerra por depender de la política no puede

regirse por normas autónomas. En segundo término, la guerra no "es un golpe sin duración" como se visualiza desde el duelo. Esto último tiene implicancias que operan a dos niveles. Uno, que la violencia invertida en el enfrentamiento no consiste en una descarga absoluta de fuerzas sino que, por el contrario, vemos en las guerras empíricas una variación de muy amplia gama en la escala de intensidad de los conflictos bélicos. Dos, que esta gradualidad en el uso de la fuerza lleva implícita la extensión temporal del fenómeno militar.

Dentro de la especial importancia que Clausewitz le atribuye a la variable tiempo en la concreción de la abstracta figura duelística, una vez más es el fluir temporal en que se suceden las acciones guerreras lo que permite que esta se subordine a "la voluntad de una inteligencia directora", instancia superior que no es otra cosa que la dirección política, como veremos enseguida.

De este modo, Clausewitz está ahora en condiciones de afirmar que la política es:

la primera y más importante de las consideraciones que deben ser tenidas en cuenta en la conducción de la guerra.

aunque, agrega inmediatamente que,

...el objeto político no es, por ello, regla despótica; debe adaptarse a la naturaleza de los medios a su disposición, y de tal modo, cambiar a menudo completamente, pero se le debe considerar siempre en primer término. La política, por lo tanto, in-

tervendrá en la acción total de la guerra y ejercerá una influencia continua sobre ella, hasta donde lo permita la naturaleza de las fuerzas explosivas que contiene. (DG I, 1, 23)

Vemos, pues, que la relación guerra-política puede equipararse a la de un medio con su fin. La guerra, "instrumento de la política", no puede analizarse aisladamente, aunque esto no implica, naturalmente, una negación de su especificidad. Los medios de la guerra tienen sus peculiaridades, las cuales deben ser tenidas en cuenta por el político si decide realizar sus objetivos a través de ellos.

En la célebre fórmula que le valió la gloria al nombre de Clausewitz tanto como relegó el estudio de su obra, aparece condensado todo este desarrollo. Nos referimos a la frase que sirve como título al parágrafo 24: "La guerra es la mera continuación de la política por otros medios".

Medios y fines mantienen un delicado equilibrio de apariencias que contribuyen a configurar dos clases distintas de guerra. Aquella que por su despliegue de fuerza se acerca más a su esencia ideal y en la cual,

la política parece haber desaparecido completamente.  
(DG, I, 1, 26, subrayado nuestro)

Y un segundo tipo de guerra en la que las necesidades de la política no son de tal magnitud que la impulsen hacia su extremo puro. En esta última versión, se permite que la política pase al "primer plano". Con todo, aclara Clausewitz,

una clase ((de guerra)) es tan política como la otra. (Ibídem)

En el párrafo siguiente, con el que se cierra el primer capítulo del libro I de De la guerra, Clausewitz resume todo su despliegue conceptual hasta el momento. Desgraciadamente se trata de un texto sucinto, demasiado sucinto en relación con las perspectivas que apenas logra sugerir. Clausewitz introduce dos metáforas decisivas que nos hablan de la naturaleza de la guerra en esta etapa superior de su investigación. La primera de ellas compara a la guerra con un camaleón ya que ésta metamorfosea su carácter según el tipo concreto de que se trate. Por su propiedad camaleónica la guerra se confunde en ocasiones con la política y, otras veces, resalta nítidamente frente a ella al punto de ocultarla casi por completo. Para Aron, la guerra es un camaleón en otros dos sentidos adicionales: porque es mutable en su aspecto a causa de las variadas expresiones históricas que tiene ("lo que vale para la batalla de hoy, en 1815, -comenta Aron-, no valdrá para la batalla de 1845"); y porque también es diversa en sí misma.<sup>11</sup>

En efecto, la segunda metáfora a la que recurre Clausewitz apunta a otorgar cierta dimensión sociológica al sujeto político de la guerra: el Estado. La guerra es, finalmente, una "extraña trinidad" por la cual una serie de tres de sus características esenciales mantienen una relación de uno a uno con otros tantos sujetos sociales englobados en la concepción clausewitziana de

Estado. Así pues, tenemos por un lado al "ciego impulso natural de la guerra" (es decir su aspecto pasional: el odio, la enemistad y la violencia primitiva), representados en el campo social por el pueblo.<sup>12</sup> Por otra parte, al jefe militar le interesa aprehender la guerra de acuerdo a su racionalidad adecuada ("libre de emociones"), que asemejan las operaciones militares a un juego de azar. En tercer lugar, la facultad que corresponde a los intereses del conductor de la guerra es la inteligencia y su cálculo de probabilidades. Por su parte, el gabinete político ("el gobierno") tiene como facultad al puro entendimiento (la razón) que dirige ese todo que es la guerra en tanto ésta (y el entendimiento que le corresponde) se subordinan a un todo mayor: la política.

La naturaleza de la guerra queda así fundada en la reconstrucción de su esencia primitiva. Pero ésta se encuentra todavía separada de su realidad efectiva. En sus fases sucesivas dicha reestructuración conduce a una versión definitiva del concepto de la guerra. Para ello dos series de hechos confluyen a especificar el concepto. La serie de los sujetos sociales y la de la facultad o disposición subjetiva de conocimiento. Cada serie se compone de tres elementos, los cuales, a su vez, se corresponden recíprocamente. Esta multiplicidad ("camaleónica") del nuevo concepto de guerra termina de operar la ruptura del monismo duelístico, noción esta última demasiado pobre y unila-

teral como para capturar toda la riqueza que para el análisis ofrecen los fenómenos bélicos.

NOTAS

---

- 1.- "El tremendo efecto producido en el exterior por la Revolución Francesa fue causado, evidentemente, mucho menos por los nuevos métodos y puntos de vista introducidos por los franceses en la conducción de la guerra que por el cambio en el arte de gobernar y en la administración civil, en el carácter del gobierno, en la situación del pueblo, etc. Que otros gobiernos consideraron todas estas cosas desde un punto de vista erróneo, que se esforzaron, con sus medios corrientes, en defenderse contra fuerzas de nuevo tipo y de poderío abrumador, todo esto fue un error craso de la política". (DG, VIII, 6B)  
Para una ampliación de la relación entre Clausewitz y la revolución francesa, Véase: WEIL, Eric "Guerre et Politique selon Clausewitz".
- 2.- La probabilística, tanto como la contemporánea teoría de los juegos, recurren también a este supuesto, tal como veremos en el capítulo que sigue.
- 3.- El azar equivale a lo que en mecánica se llama "fricción". Es este otro aspecto del alejamiento clausewitziano respecto del mecanicismo que no relevaba este imponderable. Véase infra nota 12 al capítulo III.
- 4.- Clausewitz dedica el capítulo III del libro III de De la guerra, al estudio de las fuerzas morales. Aron señala que es Clausewitz el primer escritor militar que introdujo la noción de moral de un ejército y de fuerzas morales. El mismo comentarista apunta que como las fuerzas morales están contrapuestas a la posibilidad de un cálculo numérico (incluso pueden desde otro punto de vista, equilibrar la relación de fuerzas frente a un enemigo superior numéricamente), ellas se comportan en el duelo como un factor indeterminado que contribuye al ascenso a los extremos de la fuerza puramente física. Ante la derrota, no hay en el duelo posibilidad alguna de "recuperación moral". Aron clasifica las fuerzas morales en tres dimensiones: a) el espíritu y otras cualidades morales del ejército, del jefe militar y de los gobiernos, b) el estado de ánimo de los territorios en los cuales se desarrolla la guerra, y c) las repercusiones morales de una victoria o de una derrota. (V. Pensar la guerra, T. I, pp. 148, 152 y ss.) Para Clausewitz, las dimensiones físicas y morales sólo son separables en el análisis.

- 5.- La relación que mantienen la ley y el fenómeno es tratada por Clausewitz en un breve pasaje:  
 "Cuando el juicio es claro y profundo, no puede haber otro resultado que el de principios generales y perspectivas de acción que lo gobiernan desde un punto de vista más elevado; y sobre ellos reposa, a manera de pivote, la opinión que se forme respecto al caso particular bajo consideración inmediata. Pero la dificultad reside precisamente en afirmarse en estos resultados de reflexión previa, en oposición a la corriente de opiniones y fenómenos que el presente trae consigo. Entre el caso particular y el principio hay a menudo una larga distancia, que no siempre puede ser recorrida mediante una cadena visible de conclusiones, y donde es necesaria cierta confianza en uno mismo y es útil cierta proporción de escepticismo." (DG, I, III)
- 6.- ARON, R. op. cit., passim.
- 7.- CASSIRER, E. Filosofía de la Ilustración, p. 23.  
 Clausewitz desprecia a los "hacedores de sistemas" estratégicos que eliminan expeditivamente el azar, "ese intruso", de sus teorizaciones; las cuales, por ello, se vuelven "filosóficas" en el peor sentido, esto es, inútiles para la práctica:  
 "Aunque hay una máxima, la que se encuentra en todos los libros, de que sólo debemos confiar en la información segura y que siempre debemos ser desconfiados, esto es sólo despreciable consuelo escrito, perteneciente a esa filosofía en la que refugian los escritores de sistemas y compendios por falta de algo mejor que decir." (DG, I, VI)
- 8.- ARON, R. op. cit., pp. 300 y 302.
- 9.- Ibidem, p. 214.
- 10.- "¿No es la guerra, simplemente, otra clase de escritura y de lenguaje para sus pensamientos ((políticos))? Es seguro que posee ((la guerra)) su propia gramática, pero no su lógica propia. (...) ((la guerra)) no puede seguir sus propias leyes, sino que debe ser considerada como parte de otro todo, y ese todo es la política." Es decir, que la guerra no tiene una autonomía absoluta. (V. DG, VIII, 6B). Lenin, quien levó a Clausewitz durante la primera guerra mundial y fue quizá el primer dirigente político de renombre que estudió concienzudamente De la guerra, consideraba este capítulo como el mejor de toda la obra. (Para sus notas de lectura Véase: VV.AA., Clausewitz en el pensamiento marxista, pp. 49-89).

- 11.- Véase ARON, op. cit. T. I, p. 116 y T. II, p. 139 y ss. Para otros desarrollos del "camaleonismo" de la guerra y su imbricación en el universo de la política, pueden consultarse: ROZITCHNER, L.: "De la política a la guerra: Clausewitz", pp. 95 y ss.; del mismo autor también: Freud y los problemas del poder, pp. 100, 126 y ss.. Desde otro punto de vista, véase FOUCAULT, M.: Microfísica del poder, capítulo titulado: "Curso del 7 de enero de 1976"; también de FOUCAULT, Vigilar y Castigar, pp. 172-174, donde no se hace referencia a Clausewitz pero sin duda se amplía el análisis del curso citado precedentemente de manera muy sugestiva.
- 12.- Sería un error considerar este rol que Clausewitz le atribuye al pueblo como indicador de un ideario antidemocrático, ya que el propio pensamiento iluminista, si exceptuamos sus elementos más radicales, no tiene una concepción del pueblo muy diferente. Para este tema puede verse: GOLDMANN, I. La ilustración y la sociedad actual, Monte Avila, Caracas, 1969, pp. 50 y ss.

### CAPITULO III

---

#### CLAUSEWITZ Y SU CAMPO CIENTIFICO CONTEMPORANEO.

##### 1. EL DUELO Y EL MARCO EPISTEMICO MECANICISTA.

En las primeras décadas del siglo XVIII, por obra de Maupertius, pero sobre todo de Voltaire, las ideas de Newton comienzan a ser conocidas en el continente. Resistidas en un principio, terminaron por imponerse como modelo ejemplar de ciencia, modelo cuya hegemonía se extendería hasta bien entrado el siguiente siglo. Si la teoría newtoniana tardó en constituirse en piedra basal de la ciencia moderna, esto se debió menos a que se le objetara su contenido, cuanto a que su aparición puso en crisis la noción misma de explicación científica.<sup>1</sup> Sea como fuere, lo cierto es que con el tiempo la mecánica de Newton fue coronada como reina indiscutida de las ciencias.

Este predominio no se limitó, por supuesto, a la física, ni siquiera a las ciencias de la naturaleza, sino que signó toda la cultura europea de la época. En efecto, no sólo en química y en biología surgen corrientes de inspiración mecanicista, sino también en las investigaciones sobre el hombre y la sociedad. Particularmente relevante es el surgimiento de toda una concepción del mundo de clara raigambre mecánica. Si Newton mismo no puede ser considerado sin más como un mecanicista, es indudable que a

partir de la impronta de su obra científica se formó en la cultura occidental una tendencia hacia la concepción de la naturaleza como un autómata gigantesco (lo cual no implicó, por cierto, un abandono de la problemática metafísica).<sup>2</sup>

Todos los fenómenos de la naturaleza pueden subsumirse -según la mecánica clásica- en un conjunto definido de leyes. En ese sistema los únicos cambios admitidos son de índole cuantitativa. Estos postulados fundamentales son incluidos, obviamente, en el pensamiento mecanicista<sup>3</sup> cuya presencia en la filosofía de la modernidad es difícilmente exagerable. Como afirma Cassirer:

La filosofía del siglo XVIII se enlaza por doquier con este ejemplo único, con el paradigma metódico de la física newtoniana; pero lo aplica universalmente.<sup>4</sup>

En los caracteres básicos de esta metodología se encuentran el predominio del análisis por sobre la deducción formal (propio de los grandes sistemas filosóficos del siglo XVII) y la jerarquización de la experiencia como punto de partida de la investigación. Lo real ya no es mera materia singular e inconexa, sino que pasa a ser considerado como proclive a legalizarse, ya que en sí posee una forma pasible de expresarse matemáticamente. Para ello, se recurre a un procedimiento aplicado por Galileo y continuado por Newton, consistente en la desarticulación de un fenómeno complejo para efectuar, posteriormente, una reconstrucción comprensiva del mismo.<sup>5</sup> La filosofía que acompaña a este espíritu científico, se apropia del término "cálculo" expandiendo su significado al punto

de equipararlo a "pensamiento".<sup>6</sup>

Si nos detenemos en esta exposición esquemática del mecanicismo se debe a que, como lo manifestamos oportunamente, creemos advertir ciertos ecos de dicha concepción en la exposición Clausewitziana del duelo. Efectivamente, vimos como la figura duelística se reduce a un choque de dos fuerzas dotadas de una autolegalidad. Sus leyes, en ocasiones, recuerdan los principios newtonianos, y su causalidad conforma un riguroso campo de necesidad. En el plano ideal de la guerra representado por el duelo, una fuerza sólo se detiene por acción de otra fuerza equivalente tal como lo prescribe la ley dinámica de la inercia para los cuerpos. Como se trata de vencer, las fuerzas interactuantes se ven cada vez más exigidas. Clausewitz desarticula la primitiva noción fáctica de guerra hasta reducirla a su expresión más pura (atemporal y asocial) la cual, a su vez, es objeto de un análisis. Así, en abstracto, el concepto de guerra sólo permite un cambio. Este involucra estrictamente magnitudes de violencia, esto es, el pasaje de una situación estática (no violencia, no enfrentamiento) a la ascensión súbita y atemporal de la violencia a su máximo. Este ascenso reconoce como único límite la capacidad de resistencia interior de una fuerza al ataque de otra fuerza exterior a ella. El bando vencedor en este choque único se exigió un esfuerzo absoluto para lograr la victoria. El bando derrotado, por su parte, se encontrará en una situación simétrica y proporcional

a la potencia que sobre él se ejecutó. En una palabra, su derrota será también absoluta.

El tercer axioma de la dinámica de Newton prescribía que a toda acción se opone siempre una reacción contraria e igual, es decir, las acciones entre dos cuerpos son siempre iguales entre sí y dirigidas en sentido contrario. ¿No recuerda esto a la guerra duelística con su simetría y su interdependencia de fuerzas? Incluso, para introducir "desigualdad" en este esquema de acción-reacción (desigualdad en el sentido de derrota o victoria para los contendientes que se encuentran en situación de polaridad) es preciso la intervención de cada vez mayores cantidades de fuerza (violencia). Este proceso se ve impulsado lógicamente al ascenso al extremo culminante; extremo determinado en el exacto punto en que uno de los duelistas se rinde exhausto y es destruido en tanto adversario.

Si la ciencia natural por excelencia de la modernidad es la física tal como fue establecida por Newton, el saber de la guerra en el duelo clausewitziano es también natural, pero en el doble sentido moderno de la palabra. Natural, porque en él -como en la física- se batan fuerzas en movimiento; y natural también porque se conoce mediante la razón. La guerra como la naturaleza, tiene una autolegalidad captada por una facultad autónoma.

Esta relación que proponemos entre la figura abstracta de la guerra y el conocimiento imperante en la época en que aquélla

fue concebida,<sup>7</sup> no debe entenderse como una analogía total, punto por punto. Sólo indicamos aquí ciertas correspondencias sorprendentes entre una y otra, que aparecen fundadas en algunas coincidencias tanto metodológicas como de contenido. Cuando construye su modelo duelístico, Clausewitz no sólo aparece inspirado por la filosofía de su tiempo, como coinciden en señalar sus comentaristas; sino también, agregaríamos nosotros, por el conocimiento científico vigente en sus días. Esto por supuesto, no implica ir más allá de una constatación de orden general, es decir, no obliga a considerar a Clausewitz como un especialista en física y mucho menos como un newtoniano. Apenas invita a visualizar al autor de De la guerra como a un pensador inmerso en su tiempo, que aspira a dotar a su materia de un máximo de rigor: sometido -deliberadamente o no- a las influencias epocales de la filosofía y de la ciencia.

De hecho, Clausewitz no sigue estrictamente un modelo newtoniano. Sólo a manera de ilustración, digamos que Newton concibe al tiempo como accesorio respecto del espacio.<sup>8</sup> Creemos haber indicado ya cómo se invierte esta relación en el pensamiento clausewitziano. En efecto, tanto en el duelo como en su superación crítica, el tiempo (su ausencia en un caso, su duración en el otro) es una variable mucho más decisiva que el espacio, del cual prácticamente prescindimos en nuestro análisis. Mientras

que, para Newton, el espacio preexiste a los cuerpos que en él se mueven.<sup>9</sup>

Entonces, ¿qué es finalmente el duelo? ¿Una parodia de la guerra real, en tanto muestra la incapacidad de un saber científico natural para dar cuenta de un fenómeno nítidamente social? O ¿un tiro por elevación contra las teorías dogmáticas de las "almas filantrópicas"? Esto es, los estrategas del absolutismo que reducen la guerra a un fenómeno expresable geométricamente, pero evitan -inconsecuentemente- poner de manifiesto que sólo mediante el choque (la batalla) puede alterarse el estado de un cuerpo.

En nuestra opinión, el duelo como esencia de la guerra, presenta una íntima ambigüedad. Hemos tratado de resumir las múltiples repercusiones que suscita a partir de dos ítems contrapuestos entre sí: a) El duelo no es aún la guerra real: Ubicado fuera del tiempo histórico, el duelo pertenece al ámbito de lo natural y, como tal, se encuentra expuesto a su legalidad, la cual regimenta su devenir. Se encuentra en la esfera de la necesidad, sometido a su campo normativo y es allí donde el duelo-guerra encuentra su objetividad.<sup>10</sup> Lo protagonizan sujetos no-sociales sino individuales y alienados en la naturaleza de una fuerza física que sólo encarnan.

b) El duelo es ya la guerra real: Contra dogmáticos y escépticos de la estrategia (quienes entienden la guerra como un duel

caballeresco) el duelo clausewitziano enfatiza su aspecto central, la violencia (aunque formalmente llevada hasta su extremo). Es aquí donde se vincula con la guerra políticamente configurada (la que en su forma moderna representa Napoleón), de tal manera que el duelo cumple con su misión, a saber, la de relevar una práctica nueva o, al menos, poner de manifiesto su esencia militar.

## 2. GUERRA REAL Y RACIONALIDAD PROBABILISTICA.

Al efectuar la crítica mediante la cual se sale de la figura del duelo, pero muy especialmente la crítica a la racionalidad que sostiene dicha figura, Clausewitz preanuncia la imposibilidad de una "física social" como saber pleno, por lo menos en lo que hace a la guerra.<sup>11</sup> Es decir, inhabilita a un modelo racional demasiado "duro" como para constituirse en método de acceso al conocimiento de un fenómeno político. La guerra -parece advertir Clausewitz- no es asimilable a un mecanismo o, si lo fuera, debemos tomar en cuenta un elemento que pasa inadvertido para los mecanicistas, a saber, la noción de fricción.<sup>12</sup> La naturaleza-máquina se nos muestra como homogénea y unitaria, proclive a ser pensada a partir de leyes universales, las que,

a su vez y fundándonos en la omnisciencia del estado actual del sistema, nos permiten establecer predicciones ciertas acerca de estados futuros. La guerra, por el contrario, exhibe un claro predominio de elementos imponderables como el peligro, las fuerzas morales subjetivas que en ella intervienen, el desconocimiento de las situaciones y del enemigo que enfrentamos, etc.. En una palabra, como es el azar lo que preside todo el saber y la práctica sobre la guerra, determinando (o mejor, indeterminando) en gran parte nuestras posibilidades cognoscitivas sobre ella, haríamos bien en no comparar a la guerra con un mecanismo de precisión, sino con un juego de naipes. Ahora bien, si a pesar de ello queremos constituir aún una teoría sobre la guerra, vale decir, queremos evitar que la actividad guerrera caiga en el dominio de lo incognoscible o de lo irracional, será preciso entonces aproximarse a un tipo de conocimiento que nos aleje tanto del dogmatismo científicoista y prácticamente inútil, como del escepticismo inconducente. Y Clausewitz cree encontrar otro tipo de racionalidad que satisface estos requisitos en una disciplina matemática todavía incipiente en su época. Ya la habíamos visto señalada en el texto de De la guerra: se trata del cálculo de probabilidades.

Históricamente vinculado al juego de dados, el cálculo de probabilidades busca establecer frecuencias en condiciones standard convencionalmente fijadas por el matemático. Caillois narró un poco literariamente su origen:<sup>13</sup>

El caballero Méré había calculado que en una serie de 24 golpes de dados, y teniendo en cuenta que sólo hay 21 combinaciones posibles, el doble seis tenía mayores probabilidades de darse que de no darse. Mas he aquí que la experiencia le probaba lo contrario. Se dirigió entonces a Pascal y este inició su extensa correspondencia con Fermat, que debía abrir un nuevo camino a las matemáticas, y que permitió de paso demostrar a Méré que, desde el punto de vista científico, que era efectivamente ventajoso apostar en contra del doble seis en una serie de 24 golpes.

De esta disciplina ya se encuentran algunos ejemplos en matemáticos anteriores a Pascal como Pacioli, Cardano y Galileo. Itard, sin embargo, prefiere coincidir con Caillouis y fija su nacimiento en 1654, en el curso del mencionado intercambio entre Pascal y Fermat.<sup>14</sup> En su estadio inicial, según Itard, el cálculo se encuentra ligado al análisis combinatorio. También Huygens -señala este historiador- se interesó por la cuestión y publicó en 1657 el primer tratado sobre el tema titulado De Ratiociniis in ludo aleae. A partir del siglo XVIII se publican numerosas obras, debidas al interés que por el cálculo toman algunos de los cerebros más importantes de la época: Buffon, D'Alembert, Condorcet y, muy especialmente, Laplace. Este último, considerado como "el Newton francés" por sus contemporáneos<sup>15</sup> y creador de la ficción de un célebre "demonio" determinista que lleva su nombre, cierra todo un período en el desarrollo del cálculo de probabilidades como disciplina independiente. Sus obras, Teoría analítica de las probabilidades (1812) y Ensayo filosófico sobre las probabilidades (1814) son más que una innovación superadora

de las adquisiciones precedentes en la materia, una verdadera síntesis de las mismas.<sup>16</sup>

Ya se trate de la variante probabilista lógico-inductiva de signo objetivo o de aquella otra versión del cálculo que atiende al grado de creencia o expectativa subjetiva,<sup>17</sup> en las probabilidades se considera que un promedio obtenido mediante una larga experimentación tiende a independizarse de las particularidades que caracterizan cada caso y a adquirir una cierta regularidad. Las predicciones aproximativas son por ello posibles a partir de regularidades estadísticas.<sup>18</sup> El cálculo de probabilidades se desarrolla paralelamente con el surgimiento de la estadística. Ambas disciplinas no sólo tienen en común afinidades formales sino que también fueron imaginadas desde el comienzo con vistas a una aplicación práctica similar. Bien pronto, el cálculo de probabilidades encontró una aprovechabilidad que no se limitaba a la optimización de las apuestas de los jugadores, sino que se vinculaba con la vida civil y social, posibilitando el análisis de procesos electorales, efectuando promedios acerca de la fiabilidad de las sentencias judiciales, pronósticos económicos, etc..<sup>19</sup> Así también, ya desde el siglo XVII, estadísticos holandeses reconocían la naturaleza estadística de algunos fenómenos sociales. Utilizada en un comienzo por el estado como "técnica" para la recaudación de impuestos, la estadística pasó a tener aplicaciones en dominios cada vez

más dilatados como por ejemplo el de la demografía.<sup>20</sup>

Como vemos, Clausewitz elige como matriz metodológica para su teoría de la guerra a un modelo matemático indudablemente aceptado como científico por su época y constituido en disciplina autónoma, pero que, además, tiene en su mismo origen la virtud de permitir una aplicación dirigida hacia el conocimiento riguroso de ciertas dimensiones sociales. El cálculo de probabilidades y la estadística buscan establecer tendencias generales relativas (no preceptos infalibles), y relativas a un contexto que se autodetermina. Las legalidades fijadas por esta nueva racionalidad tienen un carácter eminentemente aproximativo. Permiten cambios cualitativos y, en su dominio, los factores imponderables, son características más a menudo inconmensuradas que incommensurables, se encuentran drásticamente recortados por situaciones convencionales que definen el estado inicial.

No debe creerse, empero, que la racionalidad probabilística -al menos en este estadio de su desarrollo que venimos de reseñar- suponga una ruptura (en el sentido fuerte, "bachelardiano" de la palabra) respecto del "marco epistémico"<sup>21</sup> newtoniano que domina toda la época. Como señala Bohm, la introducción del azar, las leyes estadísticas y las probabilidades significaron, hasta cierto punto, un desarrollo del modelo clásico, desarrollo originado al interior de dicho modelo. En efecto, si esta nueva racionalidad no se contradice con el determinismo mecanicista que surgió a partir de Newton -y en algunos casos llegó a con-

firmarlo-<sup>22</sup> su adopción señaló un avance en dirección a la pues ta en crisis de dicho marco, como así también a su superación consiguiente, en tanto se relativiza por vez primera la idea de un conjunto de leyes exactas que gobiernan el universo.<sup>23</sup> Las probabilidades, luego ampliamente utilizadas incluso por la física (en su vertiente molecular del siglo XIX, es decir, aplicada al mismo estudio de la naturaleza), fueron uno de los principales obstáculos a los que se vio enfrentado el mecanicismo tras su período de apogeo, **obstáculo** que si bien no lo obligó de inmediato a abandonar sus caracteres esenciales, sí lo impulsó a toda una serie de acomodaciones y modificaciones internas.

Hemos tratado de presentar el contexto intelectual en el caul Clausewitz trabaja y por el cual adquiere mayor sentido su mención al cálculo de probabilidades como tipo de racionalidad más afín a la naturaleza de la guerra que el sistema de la física de Newton. Ahora bien, en esto Clausewitz no va nunca más allá de una simple mención. Efectivamente, no explica ni qué entiende por cálculo de probabilidades ni tampoco qué mecanismo enlazaría la teoría de la guerra con dicho cálculo. A pesar de estas imprecisiones debidas al exiguo tratamiento clausewitziano de la cuestión, resulta plausible suponer que Clausewitz aspira a construir una teoría rigurosa, o lo más rigurosa posible, de un fenómeno social como es la guerra. Para ello, dirige su mirada hacia el panorama científico que su época

ca le ofrece, focalizando luego su atención en una disciplina novedosa y todavía precaria pero que cuenta ya con aplicaciones en la esfera del conocimiento de la sociedad y viene provista de una cierta flexibilidad que le permite atender al campo de incertidumbre de la guerra. Así, Clausewitz puede dotar a su materia de un máximo de científicidad, evitando al mismo tiempo el dogmatismo y sus rigideces.

¿Por qué se limita Clausewitz al señalamiento -por lo demás muy general- acerca de que una teoría de la guerra debe fundarse en el cálculo de probabilidades? Tal vez no haya respuesta segura a este interrogante. Sea porque Clausewitz no disponía de una formación que le permitiera emprender una tarea como la de fundar efectivamente su discurso sobre la guerra en dicha racionalidad; sea porque el libro primero, capítulo uno de De la guerra no pudo orientar una revisión total del resto del tratado por haber sido escrito poco antes de la muerte de su autor; lo cierto es que no encontramos en De la guerra una aplicación práctica del nuevo aparato conceptual sino sólo una recomendación sobre su importancia para la estrategia. Acaso pueda conjeturarse también, que un desarrollo en el sentido indicado hubiera sido un camino plagado de dificultades, ya que las matemáticas no ofrecieron una teoría formal del conflicto hasta nuestro siglo con la teoría de los juegos.

La vinculación entre Clausewitz y la teoría de los juegos contemporánea ha sido ensayada por Glucksmann.<sup>24</sup> En Aron, por

otra parte, encontramos algunas referencias ocasionales a conceptos de dicha teoría. Ambos comentaristas, empero, no se ocupan del análisis del cálculo de probabilidades ni desde un punto de vista histórico ni conceptual.

Históricamente, el intento por fundar en las matemáticas ciertos fenómenos del orden social se encaminó primero, como apunta Morgenstern, hacia la física. Pero agrega este autor (quien, además, es uno de los fundadores de la teoría de los juegos):

Los átomos, moléculas y estrellas pueden coagularse, chocar y explotar, pero no luchan entre sí ni colaboran.<sup>25</sup>

Como sí lo hacen, por supuesto, los actores sociales.

Combinando el cálculo de probabilidades y la topología se constituyó en nuestro siglo la teoría estratégica de los juegos, desarrollada por Von Neumann entre 1928 y 1941, sólo de manera matemática y aplicada luego por él mismo con la colaboración del antes citado Morgenstern al estudio de los comportamientos económicos.<sup>26</sup> Además de matemática pura, esta teoría supone la posibilidad de una información más o menos completa del estado inicial y la exclusión de la psicología y del error de los participantes. En efecto, en un ejemplo simple, Von Neumann y Morgenstern establecen una situación disimétrica en la que dos operadores económicos buscan el máximo de beneficio. Caracterizan a estos operadores como sujetos enteramente racionales (criterio que se basa en un promedio estadístico de comportamientos).<sup>27</sup> A dife-

rencia del cálculo que sólo evaluaba el rol del azar, esto es, computaba expectativas lógicas, la teoría de los juegos se ocupa de la estrategia<sup>28</sup> del combate y de la competencia entre individuos a partir de la idea de que existen estrategias aleatorias (denominadas "mixtas"); es decir, un participante puede especular con la incertidumbre de su jugada (como en el amague del tiro penal en el fútbol o el "bluff" del póker). En síntesis, es el jugador quien controla la probabilidad. No vamos a extendernos en la presentación de esta teoría.<sup>29</sup> Sólo añadiremos que, como lo destacan Singleton y Tyndall, la postulación de actores "totalmente racionales" para la formalización del comportamiento de los contendientes en base a promedios estandarizados es de indudable cuño behaviorista:

De este modo una teoría del comportamiento humano basada sobre el concepto de 'hombre racional' puede llegar a ser una teoría determinista.<sup>30</sup>

Es decir, un normativismo que tipifica comportamientos sin atender al actuar efectivo. Lo que se desprende de aquí es que, evidentemente, la teoría matemática de los juegos estratégicos no puede darnos más que de un esquema formalizado, sin relevar la totalidad de variables intervinientes en un enfrentamiento, particularmente aquéllas que Clausewitz resumía en la noción de "fuerzas morales" y que consideraba tan decisivas para el resultado de una guerra, incluso todavía más decisivas que las fuerzas materiales intervinientes. Las dificultades de estas

modelos matemáticos, tanto de la contemporánea teoría de los juegos cuanto del cálculo de probabilidades en el que Clausewitz cifraba sus aspiraciones de rigor científico para el estudio de la guerra, están ahora a la vista y tienen que ver con la teoría del individuo que ellos suponen. Los inconvenientes del camino elegido por Clausewitz al adoptar para el estudio de la guerra (y las teorías social y de la acción humana que lleva implícita) un modelo proveniente de las ciencias "duras" —si bien de la disciplina menos dura de que pudo disponer— siguen siendo vigentes como dificultades aún en nuestros días.

---

 NOTAS
 

---

- 1.- PIAGET-GARCIA, Psicogénesis e historia de la ciencia, p. 231.
- 2.- LENOBLE-BELAVAL en: TATON, Rene (ed.) Histoire général des sciences, Vol. II, p. 223.
- 3.- De todos modos, sería erróneo afirmar que el modelo newtoniano es el único que concurre a la formación del mecanicismo, si bien es cierto que, históricamente hablando, es el más importante por su extendida aceptación y por su consistencia. Junto a Newton habría que señalar, por lo menos, a Descartes y Galileo. Una referencia a la física de estos autores puede encontrarse en: KOYRE, Alexandre: Etudes Galiléennes, (Punto B del apéndice para Descartes y Capítulos I y II dedicados a la ley de la caída de los cuerpos y a la inercia según Galileo respectivamente, con algunas menciones a su influencia en el pensamiento extra-científico).
- 4.- CASSIRER, E. Cp. cit., n. 27.
- 5.- Ibíd., p. 25-26.
- 6.- Ibíd., p. 40.
- 7.- La postulación de un cierto vínculo entre el saber de la guerra y la ciencia física modernas no debe parecer descabellada. PIAGET-GARCIA (op. cit., p. 229) destacan la influencia de los requerimientos de la artillería sobre el desarrollo de la mecánica y encuentran la mecánica de Euler como un típico caso de esta demanda militar a la ciencia, exacta contracara de lo que nosotros sugerimos.
- 8.- TORRETTI, R. Kant, p. 63. Según este autor, coincidirían en esta posición tanto Leibnitz como el pensamiento temprano de Kant.
- 9.- Véase ibíd., pp. 69-70.

- 10.- El duelo es objetivo en tanto no se derive de ninguna teleología. Es tan objetivo como cualquier elemento de la naturaleza, según la concepción que de ella se tiene en la ciencia moderna. Es este un aspecto decisivo para fundar el tratamiento "físico" que recibe el duelo. Como dice Monod:
- "La piedra angular del método científico es el postulado de la objetividad de la naturaleza. Es decir la negativa sistemática de considerar capaz de conducir a un conocimiento 'verdadero' toda interpretación de los fenómenos dada en términos de causas finales, es decir de 'proyecto'. Se puede datar exactamente el descubrimiento de este principio. La formulación, por Galileo y Descartes, del principio de inercia, no fundaba sólo la mecánica, sino la epistemología de la ciencia moderna, aboliendo la física y la cosmología de Aristóteles. Ciertamente: ni la razón, ni la lógica, ni la experiencia, ni incluso la idea de su confrontación sistemática habían faltado a los predecesores de Descartes. Pero la ciencia, tal como la entendemos hoy, no podía constituirse sobre esas únicas bases. Le faltaba todavía la austera censura planteada por el postulado de objetividad. Postulado puro, por siempre indemostrable (...) Mas el postulado de objetividad es consustancial a la ciencia...". MONOD, Jacques El azar y la necesidad, p. 31. (Cfr. supra, Capítulo I, I, nota 12)
- 11.- "Física social", término que aquí usamos metafóricamente, fue desarrollada como intento real por constituir un conocimiento riguroso sobre la sociedad sólo después de la muerte de Clausewitz. Véase, sobre esto, BUNGE, Mario Causalidad, p. 290.
- 12.- "La fricción es la única concepción que de un modo bastante general corresponde a lo que distingue la guerra real de la guerra sobre el papel. La máquina militar, el ejército y todo lo que a él le corresponde, es fundamentalmente simple y por esa razón parece fácil de manejar. Pero debemos tener presente que no hay ninguna máquina que se componga de una sola pieza sino que está compuesta de piezas, cada una de las cuales tiene su propia fricción en todas direcciones"(...) ((lo que en teoría parece tener poca fricción y ser por ello teóricamente correcto)) "...no es así en la realidad, y todo lo que hay de exagerado y falso en la concepción, se pone de manifiesto inmediatamente en la guerra ((real))" (...) "Esta enorme fricción, que no está concentrada en unos pocos puntos, como en la mecánica, aparece por lo

tanto en todas partes, en contacto con el azar y produce así incidentes casi imposibles de prever, justamente porque corresponden en gran medida al azar." (DG, I, VII; subrayados nuestros)

Si nos permitimos esta digresión sobre la fricción es porque, como deja traslucir la cita, se resume aquí todo un aspecto de nuestro trabajo. Clausewitz relativiza la posibilidad de identificar a la guerra con una máquina. Si bien la mecánica incluye la fricción (y esto sólo limitadamente) el pensamiento mecanicista que es su heredero filosófico hace caso omiso de ella, tal como apuntamos en nuestro texto. La fricción, por fin, "distingue" la guerra real de la ideal. En otras palabras, el azar (que Clausewitz utiliza al final de la cita como sinónimo de fricción) destruye cualquier mecanicismo, cualquier determinismo en el arte de la guerra. La guerra como máquina da una apariencia de simplicidad, pero en la guerra, como dirá Clausewitz después, todo parece sencillo en el plano ideal pero los inconvenientes y dificultades sobrevienen en el momento de pasar a la ejecución. Curiosamente, como señalaron Aron y Paret, Clausewitz habría llegado tempranamente a la noción de fricción, antes, incluso de conceptualizar el azar y, por supuesto, antes de pensar siquiera en dotar a este concepto de un marco racional con las probabilidades. (V. ARON, op. cit., T. I, p. 65 y PARET, P. "The genesis of On War", p. 16)

- 13.- CAILLOIS, Roger: Teoría de los juegos, p. 168.
- 14.- ITARD, J. en: TATON, R.: op. cit., Vol. II, p. 250.
- 15.- PASQUINELLI, R. Laplace, p. 337.
- 16.- Ibídem, p. 338.
- 17.- Esta variante se inicia en 1713 con la aparición del primer clásico de la teoría de las probabilidades: Ars Conjectandi de J. Bernoulli. (V. PASQUINELLI, R. op. cit., p. 360)
- 18.- BOHM, David: Causality and Chance in Modern Physics. pp. 25-28.
- 19.- Véase: CASTRILLA, Pilar "Introducción" a: LAPLACE, P. S. Ensayo filosófico sobre las probabilidades, pp. 16-17.

- 20.- BUNGE, M. op. cit., p. 228-290.
- 21.- Utilizamos el concepto de "marco epistemológico" por preferirlo al khuneano "paradigma" en base a las razones que se explican en: PIAGET-GARCÍA, Psicogénesis..., p. 229.
- 22.- Recordemos lo dicho supra sobre Laplace. Su "demonio" determinista consistía en la representación de una omnicomprensiva inteligencia analítica que fundándose en el conocimiento de los eventos presentes del mundo físico y de sus nexos actuales puede prever el futuro estado del universo y, más aun, puede instaurar un conocimiento total del universo en su entero desarrollo. En el fondo, la idea de que el conocimiento matemático de la naturaleza es, al menos en cuanto a su certeza, equivalente al conocimiento divino que se encuentra también en Galileo.
- 23.- BOHM, D. op. cit., pp. 54 y ss. Para lo que sigue, Cfr. pp. 66 y ss. de la misma obra.
- 24.- GLUCKSMANN, A. El discurso de la guerra, pp. 61 y ss.
- 25.- MORGENSTERN, Oskar. "Prólogo" a DAVIS, Morton D.: Teoría de los juegos, p. 15. Puede encontrarse un ejemplo de aplicación militar de esta teoría en pp. 49-51 del citado libro.
- 26.- VON NEUMANN, John y MORGENSTERN, Oskar: Theory of Games and Economic Behavior, p. 2.
- 27.- Ibídem, pp. 31-32.
- 28.- Los autores de la obra que venimos citando señalan que la teoría de los juegos se ocupa de la estrategia del combate y de la competencia. En página 79 definen qué entienden por estrategia con las siguientes palabras: "Un plan que considere todas las contingencias del juego y las decisiones propias en cada caso." En nuestro trabajo no entramos a considerar la definición teórica de estrategia ni de táctica según Clausewitz. Todas las veces que nos referimos a estrategia lo hacemos tomando esta palabra como sinónimo de teoría de la guerra y de su conducción.

- 29.- Cabe señalar que la teoría de los juegos tiene también un concepto de duelo, que no guarda relación, sin embargo, con el de Clausewitz, por lo menos desde nuestra perspectiva. Puede consultarse para ello: FERRER SOTO, R. "Nociones de teoría de los juegos y aplicaciones del problema del duelo", especialmente pp. 55 y ss. Moulin apunta que una rama de la **teoría** de los juegos, los llamados juegos diferenciales, se orienta hacia la aplicación militar y que los perfeccionamientos logísticos en EE.UU. y en la URSS, se inspiran a menudo en ella. Asimismo, este autor reproduce algunas objeciones que se han efectuado a la mencionada teoría: "Vasto reservorio metodológico de la economía formalizada neoclásica, la teoría de los juegos recibe de frente las críticas; idealiza los conflictos, despojándolos de su dimensión real, reuniendo en su mismo formalismo la lucha de clases y un partido de rugby! y privilegia los valores individuales -del mismo modo que en el 'neo-positivismo' económico se esfuerza para construir una ética de la repartición de recursos donde no entran en juego más que los gustos de los consumidores individuales" (V. MOULIN, Hervé: "La teoría de los juegos y las ciencias sociales", pp. VII-4 y VII-12).
- 30.- SINGLETON, Robert R. y TYNDALL, Williams F. Introducción a la teoría de los juegos y a la programación lineal, p. 31.

## REFLEXIONES FINALES

Clausewitz comienza con la exposición del despliegue de la esencia de la guerra: el duelo. Este puede caracterizarse como una situación polar y simétrica, en la cual dos sujetos se traban en una lucha. Su único resultado posible es la derrota absoluta de uno de ellos. Tales sujetos son individuos aislados que alienan su humanidad en la fuerza que invierten en el combate. Para que este concepto puro de la guerra pueda efectivizarse son necesarias ciertas precondiciones. Una de ellas consiste en la supresión de la duración. El choque duelístico es un choque mecánico, instantáneo, en el cual se hace uso de toda la fuerza disponible. Va de suyo, entonces, que el duelo significa una descarga súbita de grandes magnitudes de violencia. Clausewitz denomina a este proceso "ascenso a los extremos". Como en el duelo los sujetos son fuerzas, las leyes que lo regulan poseen una ostensible analogía con las leyes de la física, en especial con las leyes de la física de Newton. El modelo científico newtoniano constituye el marco epistemológico dominante de la modernidad. En la medida en que el duelo puede caracterizarse como una esencia natural, pues ha sido despojado de toda su relación con lo social -cuando Clausewitz aísla y separa de su análisis los conceptos de ley y de estado-, nuestra hipótesis acerca de la relevancia de ese modelo para su concepción de la guerra

se ve confirmada. Por lo tanto, la esencia duelística (no-social) de la guerra se inscribe en la legalidad físico-natural.

Clausewitz pasa luego a la crítica de las condiciones de verificabilidad del duelo. Con ello inicia una fase previa a la desarticulación del duelo como figura ideal permitiéndole así un acercamiento a la verdad de la guerra real. Todo este pasaje de la guerra absoluta a la guerra empírica está determinado por una progresiva contextualización social del conflicto bélico, el cual enriquece la noción abstracta. El punto de llegada es el reconocimiento de la subordinación de la guerra a la política, si bien aquélla conserva cierta autonomía frente a ésta. Resulta más relevante, para nosotros, destacar que, junto con la crítica del duelo, va implícita una crítica a la racionalidad científica que lo sustenta. Clausewitz afirma que la guerra real, política, debe fundarse en una racionalidad diferente, a saber, el cálculo de probabilidades. Dicho cálculo resulta más afín a la naturaleza social de la guerra y ofrece un modelo científicamente aceptable pero menos "duro" que el viejo aparato conceptual de la física clásica que ya comenzaba a mostrar síntomas de crisis. No debe pensarse, empero, que el cálculo de probabilidades suponga una ruptura definitiva con la mecánica. Al menos históricamente -como se mostró oportunamente- el cálculo surge de un complejo entrecruzamiento de disciplinas del cual no

es ajena ciertamente la mecánica.

Una polémica específica subyace bajo el despliegue especulativo de la figura ideal de la guerra y su posterior supresión dialéctica dirigida a dar cuenta del fenómeno real de la guerra políticamente determinada. Clausewitz discute con los militares cuyo pensamiento estratégico se encuentra anclado en las guerras de violencia controlada, predominantes en el siglo XVIII. Nuestro autor rechaza la metodología matematizante de estos estrategas, a través de la crítica al duelo y a su racionalidad. Lo que Clausewitz recupera del duelo es, precisamente, lo que aquellos militares le niegan a la guerra moderna, esto es, la explosión de violencia que conlleva. El general prusiano intenta introducir con ello en la teoría militar lo que las tropas revolucionarias al mando de Napoleón impusieron con su irrupción en el escenario europeo.

Clausewitz no sólo está interesado por relevar, para la teoría de la guerra, las novedades históricas que la Revolución Francesa produce en el campo de batalla. Él también se mantiene muy atento, como vimos, a las innovaciones científicas de su época. Ahora bien, ¿qué implicancias podemos derivar de la constatación de este hecho?

Nos interesaría formular aquí una sugestión a manera de propuesta para una ulterior investigación. Jean Piaget señala que los modelos de las ciencias naturales han jugado un papel

destacado entre los factores que llevaron a las disciplinas humanas y sociales a abandonar el llamado "estado pre-científico", y constituirse en saberes rigurosos.<sup>1</sup> Ya vimos que Clausewitz no duda en incluir su teoría de la guerra en el ámbito de la problemática social. Además, el despliegue que lleva a cabo, supone los modelos científicos de su época, manifestando de este modo, en nuestra opinión, una tendencia a distanciarse de un modelo de conocimiento puramente especulativo y, consiguientemente, de aproximarse a un conocimiento definido por algún criterio de científicidad. Pero ello sin perder de vista, al mismo tiempo, lo específico de su objeto; esto es, evitando el reduccionismo. Clausewitz buscaría, pues, configurar su teoría de la guerra fuera de todo subjetivismo, espontaneísmo e irracionalismo. El intenta descentrar su reflexión y adecuada a los parámetros de racionalidad que la ciencia pone a su disposición, demarcándose de esta manera del saber especulativo sobre la sociedad y el hombre, predominantes en su tiempo. Estamos muy lejos, empero, de postular esta demarcación como completa. El rastreo de las influencias filosóficas que sufriera Clausewitz pareciera haber ocultado, más que revelado, la dimensión científica de sus intereses.

Sería legítimo, entonces, proponer un encuadramiento histórico de De la guerra (en rigor, del texto que analizamos) en la matriz de formación de lo que más tarde -principalmente

con el positivismo y el marxismo - sería el surgimiento de las ciencias sociales.



NOTAS A LAS REFLEXIONES FINALES

- 1.- PIAGET, Jean et al. Tendencias de la investigación en las ciencias sociales, p. 59. A parte del que señalamos, Piaget anota otro factor al que denomina "histórico o genético", consistente en un distanciamiento comparativo pero también explicativo a partir del análisis de la historia. Ahora bien, numerosos comentaristas (Aron y Paret entre ellos) coinciden en señalar que la historia reciente (hay pocas referencias a la antigüedad en los estudios históricos de Clausewitz, los cuales, dicho sea de paso, abarcan más de la mitad de sus obras completas, fuera de las referencias circunstanciales a ejemplos históricos que se leen en De la guerra). Un tercer factor sería, para Piaget, la búsqueda de regularidades de tal manera que las disciplinas se constituyan en "ciencias nomotéticas". (Para esto último, Cfr., del mismo autor, "Classification des disciplines et connexions interdisciplinaires", pp. 601-602). Vimos supra n. 5 el cap. II que también Clausewitz intenta legalizar su teoría de la guerra, aunque no al punto de normativizarla en un sentido rígido.
- Si no nos explayamos sobre estos temas en el cuerpo de nuestro escrito es porque los consideramos secundarios en nuestra exposición. Pero, sin embargo, los traemos a colación aquí pues creemos que son útiles para apuntalar la propuesta con la que se cierra nuestra investigación.

## APENDICE

---

### 1. LA VIDA

Incluimos una breve reseña sobre el perfil biográfico de Carl von Clausewitz, pues su trayectoria es aún menos conocida que su obra, especialmente en el ámbito de los estudios filosóficos.

Clausewitz nació el 1 de junio de 1780 en Burg, cerca de Magdeburgo. Su padre había sido teniente del ejército de Federico II de Prusia, y se dice que usurpó la partícula nobiliaria ("von") para ascender en su carrera militar, aunque le resultó infructuosa. Fue dado de baja, tras la guerra de los siete años, por las mutilaciones sufridas en combate, y nombrado recaudador de impuestos. Tres de sus hijos sirvieron también en el ejército. Carl fue incorporado en el regimiento de Potsdam por su padre, cuando contaba apenas con 12 años. Un año más tarde, ya participaba en la campaña del Rin contra Francia.

En 1801, Carl ingresó a la Academia Militar de Berlín, dirigida por Gerhard von Scharnhorst, quien llegaría a ser camarada y protector de nuestro autor, amén de orientarlo hacia el estudio de la historia militar. Clausewitz no recibió más educación formal que la que le proporcionó este instituto,

para ingresar al cual se instruyó por cuenta propia. En Berlín, siguió los cursos de J.G. Kiesewetter, considerado un vulgarizador de la obra de Kant. Los testimonios sobre el particular son contradictorios: los archivos sólo hablan de cursos de matemáticas (aunque conviene tener en cuenta que una parte de los documentos sobre Clausewitz se perdieron durante la Segunda Guerra) y un contemporáneo relativiza la dimensión de la enseñanza impartida por Kiesewetter.<sup>1</sup>

Contrajo matrimonio con Marie von Bruhl, pero los esposos no dejaron descendencia. Se estima que ella, una hija de la alta aristocracia, influyó considerablemente en la formación artística y literaria de su marido.

Como soldado, participó de las guerras de la Revolución y del Imperio hasta la campaña de 1815. En 1812, indignado por la capitulación de Federico Guillermo II ante Napoleón, Clausewitz abandona su país para sumarse al ejército del zar Alejandro y resistir la invasión del "gran ejército" al imperio ruso. Sin embargo, las glorias del campo de batalla le fueron desconocidas. Ni como combatiente, ni como estratega pudo demostrar sus méritos.

Más destacado, en cambio, es su papel público como miembro del grupo conocido en la historia de Prusia como de los "reformadores". En efecto, tras el desastre militar de Jena en 1806 y la consecuente firma de la paz de Tilsit, Alemania

queda a merced de Napoleón. Esta crisis da comienzo al período de las reformas, cuyos protagonistas impulsaban una renovación de las estructuras del absolutismo prusiano, con el fin de revigorizarlo y poder enfrentar al invasor francés.

Entre ellos se contaba von Humboldt y, en el medio militar, Scharnhorst, Gneisenau y el mismo Clausewitz, quien se desempeñaba como eminencia gris y publicista de los reformadores militares. El resultado de este proceso político no consistió en moderar el régimen prusiano, sino más bien reforzarlo, buscando el alzamiento nacional contra Napoleón.

Entre las reformas militares introducidas por Scharnhorst y Gneisenau<sup>e</sup> pueden destacarse la modernización del entrenamiento y las regulaciones de campaña del ejército, la popularización del reclutamiento y la apertura de los puestos de jerarquía castrense a la burguesía (aunque el control de los jun-  
kers, enemigos de la reforma, sobre el ejército, no resultó disminuído). Asimismo, se buscaba eliminar el sistema de mercenarios, por lo demás muy común en la Europa de la época. La mayoría de las reformas propuestas en la esfera de lo político y lo económico, fueron tenazmente resistidas por la clase junker; en especial las dirigidas a abolir la servidumbre y a democratizar el reparto de la propiedad agrícola. El programa reformista se completa con la reestructuración global del sistema de enseñanza en todos sus niveles, encarada por Humboldt.

Perry Andersen traza un balance de todo este período relativizando sus consecuencias: "Este conjunto de reformas permitió a Prusia participar de modo adecuado en la coalición final que derrotó a la Francia napoleónica. Con todo, la Prusia que participó en el Congreso de Viena con sus vecinas Rusia y Austria, era esencialmente un Ancien régime tradicional. (...) El verdadero punto crucial de la historia del absolutismo prusiano no hay que situarlo en la obra de los reformadores, sino en las ganancias que consiguió con el tratado de paz".<sup>2</sup>

Clausewitz no veía la necesidad de una "revolución francesa" en Prusia. Su posición política, coherentemente mantenida a lo largo de su vida, podría caracterizarse, según Engelberg, de "patriótica alemana" y "liberal conservadora". "Fue conservador porque defendió la monarquía prusiana; fue liberal porque quiso transformar en el sentido burgués las condiciones sociales".<sup>3</sup> Era partidario, según el mismo autor, de la unidad alemana hegemónica por Prusia y "permanecía en la posición de una revolución burguesa desde arriba".<sup>4</sup>

Tras la campaña de Rusia, y no sin algunas dilaciones, Clausewitz es finalmente readmitido en las filas del ejército prusiano. Entre 1815 y 1818 fue jefe del Estado Mayor del Cuerpo renano del ejército en Coblenza. En el período siguiente (1818-1830) se desempeñó como director de la Escuela Militar General de Berlín, cargo administrativo que le permitiría dedi-

carce a su labor teórica. Antes de los sucesos revolucionarios de Francia en 1830, Clausewitz es asignado nuevamente a un destino cuartelario; primero como inspector de artillería y luego como jefe del Estado Mayor del Cuerpo de Observación en la frontera con la Polonia convulsionada por un movimiento de características nacional-democráticas. Es allí donde cae víctima de una epidemia de cólera y muere el 16 de noviembre de 1831, a la edad de 51 años.

## 2. LA OBRA

En vida, Clausewitz sólo publicó tres trabajos de manera anónima. Se trata de un artículo contra H. von Bülow aparecido en la revista Neue Bellona, unas cartas sobre la derrota prusiana de 1806, en Minerva, y un comentario sobre la campaña de 1813 hasta el armisticio.

Su esposa Marie emprendió la publicación de todos sus escritos a partir de 1832, bajo el título general de: Hinterlassene Werke des Generals Carl von Clausewitz über Krieg und Kriegführung (Obras póstumas del general Carl von Clausewitz sobre la guerra y su conducción), editadas en Berlín por Ferdinand Dümmler entre 1832 y 1837. Esta edición póstuma consta

de diez volúmenes, comprendiendo los tres primeros la obra capital de Clausewitz: Vom Kriege. Pero su corpus comprende además de este texto decisivo, notas y escritos políticos, artículos sobre arte, otros textos como el denominado Estrategia de 1804, un manuscrito sobre las enseñanzas militares al príncipe heredero (llamado Curso sobre la guerra pequeña) y abundantes análisis histórico-militares de las campañas de 1796, 1799 y las de 1812 a 1815 (son raras las referencias clausewitzianas a procesos bélicos no contemporáneos). Nos queda, por último, un gran acervo de correspondencia no incluido en sus obras completas ni en otras compilaciones.

### 3. LAS INFLUENCIAS

Mucho se ha hablado acerca de las influencias filosóficas que impactaron en Clausewitz, pero nada puede afirmarse a ciencia cierta excepto que levó a clásicos políticos como Maquiavelo y Montesquieu. De este último, intérpretes alemanes como Korfes, han dicho que sólo constituía un modelo estilístico (comparando, por ejemplo, los capítulos breves y sentenciosos del Espíritu de las Leyes, con la estructura literaria de De la guerra, en especial del libro I).<sup>5</sup> Aron, por su parte, prefiere ver una influencia más conceptual.<sup>6</sup> Las mayores disputas

sin embargo, tienen como protagonistas a Kant y a Hegel. Del primero, se presume la lectura de ciertos textos y está también la polémica referencia a Kieseletter en sus años de formación. Del último, se sospechan algunas implicancias de su método dialéctico, pero sobre todo se sostiene que es imposible que Clausewitz no tuviera algún conocimiento de Hegel considerando que su última estada en Berlín coincide con la del autor de la Fenomenología del Espíritu en una cátedra de la universidad, desde donde se proyectó como un personaje importante de la vida berlinesa de la época. Esto, obviamente, no alcanza para sostener una influencia teórica. Aron cree más verosímil una influencia kantiana que hegeliana, aunque prudentemente agrega que no existe ninguna mención ni de Kant ni de Hegel en toda la obra de Clausewitz, incluidos los papeles personales que han llegado hasta nosotros. Quien sí es mencionado una vez en la correspondencia es Fichte, pero para criticar su abstracción, no obstante reconocerle cierto mérito intelectual. Clausewitz prestó particular atención a los Discursos a la nación alemana. Esto lo reconocen todos los comentaristas, en especial, Carl Schmitt quien se muestra más exaltado sobre este punto. Schmitt califica a Fichte como "el filósofo de la enemistad prusiana contra Napoleón" -vis á vis la admiración que le profesaron Goethe y Hegel- y considera a Clausewitz como íntima y directamente de acuerdo con la posición política propugnada por

Fichte.<sup>7</sup> Tal vez, el balance más equilibrado haya sido hecho por Engelberg, cuando señala: "es imposible clasificar el pensamiento teórico de Clausewitz en ninguno de los sistemas filosóficos conocidos" -aunque reconoce que, "estuvo sometido a la influencia de las principales corrientes filosóficas de su tiempo, al idealismo y a la dialéctica de la filosofía clásica alemana" de cuyo período de hegemonía cultural fue contemporáneo, si bien "jamás podrá hablarse de él considerándose un kantiano, un fichteano o un hegeliano".<sup>8</sup>

NOTAS AL APENDICE

---

- 1.- Véase ARON, R. Pensar la guerra, T. I, p. 274.
- 2.- ANDERSON, Perry El estado absolutista, p. 275.
- 3.- ENGELBERG, Ernst, "Clausewitz en su época" en: VV.AA. Clausewitz en el pensamiento marxista, p. 158.
- 4.- Ibíd., p. 159.
- 5.- Sobre esto véase: KORFES, Otto, "Clausewitz y su influencia" en: VV.AA., op. cit., p. 166.
- 6.- Véase ARON, R. op. cit., p. 281 y ss.
- 7.- SCHMITT, Carl "Clausewitz como pensador político" p. 39 y ss.
- 8.- ENGELBERG, Ernst op. cit., p. 162.

## BIBLIOGRAFIA

---

### A. OBRAS DE CARL VON CLAUSEWITZ

De la guerra  
Solar, Bs. As., 1983. (Trad. R. W. de Setaro).

De la guerra.  
Círculo Militar, Bs. As., 1968-1970,  
vols. I-IV. (Trad. Abilio Barbero y  
Juan Seguí).

De la guerre.  
Ed. de Minuit, Paris, 1955. (Trad. De-  
nise Naville).

On war.  
Princeton University Press, Princeton  
New Jersey, 1984. (Trad. y ed. Michaël  
Howard y Peter Paret).

Principios esenciales para la conducción  
de la guerra.  
Imprenta del arsenal principal de guerra,  
Bs. As., 1902 (Trad. Estanislao Maldo-  
nes).

La campaña de Italia de 1796.  
Círculo Militar, Bs. As., 1987. (Trad.  
Fernando Orozco Linares).

La campagne de 1812 en Russie.  
Lib. Militaire, Paris, 1900.

### B. OBRAS GENERALES

Anderson, Perry

El estado absolutista.  
s. XXI, México, 1979.

- Aron, Raymond Pensar la guerra, Clausewitz.  
Instituto de publicaciones navales,  
Bs. As., 1988, vols. I-II.
- "La guerra es un camaleón" en: Trimestre político, año 1, num. 1, México,  
julio-set. de 1975.
- Bernal, John D. La proyección del hombre. Historia de la física clásica.  
s. XXI, Madrid, 1975.
- Bobbio, Norberto El problema de la guerra y las vías de la paz.  
Gedisa, Barcelona, 1982.
- Estudios de historia de la filosofía.  
De Hobbes a Gramsci.  
Ed. Debate, Madrid, 1985.
- Bobbio y Bevero, Sociedad y estado en la filosofía moderna.  
Michelangelo FCE., México, 1986.
- Bohm, David Casualty and chance in modern physics.  
Routledge and Kegan Paul Ltd., London,  
1957.
- Bouthoul, Gaston y El desafío de la guerra (1740-1974).  
Carrere, René  Dos siglos de guerras y de revoluciones.  
EDAF., Madrid, 1977.
- Bunge, Mario Causalidad. El principio de causalidad en la ciencia moderna.  
EUDERBA, Bs. As., 1965.
- Caillois, Roger La cuesta de la guerra.  
FCE., México, 1973.
- Teoría de los juegos.  
Seix Barral, Barcelona, 1953.
- Fisiología del Leviatán.  
Sudamericana, Bs. As., 1946.
- Cassirer, Ernst Filosofía de la Ilustración.  
FCE., México, 1972.
- Davis, Morton D. Teoría de los juegos.  
Alianza, Madrid, 1979.
- Ferrer Soto, R. "Nociones de teoría de juegos y aplicaciones del problema del duelo" en Con-

- nomía y administración, año 2, num. 3, jul-set. 1963, Univ. de Zulia, Maracaibo.
- Foucault, Michel Vigilar y Castigar.  
s. XXI, México, 1985.
- Microfísica del poder.  
La piqueta, Madrid, 1978.
- La verdad y las formas jurídicas.  
Gedisa, Barcelona, 1984.
- Gallie, W. B. "Clausewitz y la naturaleza de la guerra" en: Filósofos de la paz y de la guerra, Cap. III, FCE., México, 1979.
- García Acevedo, M. "Bases filosóficas del pensamiento de Carl von Clausewitz", en: Revista de la Escuela Superior de Guerra, número 385, octubre-noviembre de 1969, Buenos Aires.
- Glucksmann, André El discurso de la guerra.  
Anagrama, Barcelona, 1969.
- Howard, Michael "The influence of Clausewitz", introducción a: Clausewitz, Carl von On War (cit.)
- Kofler, Leo Contribución a la historia de la sociedad burguesa.  
Amarrentu, Bs. As., 1974.
- Keyré, Alexandre Etudes Galiléennes.  
Hermann, Paris, 1966.
- Laplace, P. S. Ensayo filosófico sobre las probabilidades.  
Alianza, Madrid, 1985.
- Liddell Hart, B.H. Estrategia. La aproximación indirecta.  
Círculo Militar, Bs. As., 1984.
- El espectro de Napoleón.  
EUDEBA, Bs. As., 1969.
- Marcuse, Herbert Razón y Revolución.  
Alianza, Madrid, 1972.
- Marín, Juan Carlos Levando a Clausewitz.  
Cuadernos del CIGSO, Bs. As., 1984.

- Marini, Alberto De Clausewitz a Mao-Tsé-Tung.  
Círculo Militar, Bs. As., 1968.
- Markov, Walter Napoleón.  
ORAL., Bs. As., 1976.
- Marx, Karl Formaciones económicas precapitalistas.  
Cuadernos de Pasado y Presente, México  
1985.
- Introducción general a la crítica de la  
economía política (1857).  
Cuadernos de Pasado y Presente, México,  
1985.
- El Capital.  
Siglo XXI, México, 1983 (Tomo I).
- Monod, Jacques El azar y la necesidad.  
Barral, Barcelona, 1970.
- Moulin, Hervé "La teoría de los juegos y las ciencias  
sociales" en: Informaciones científicas,  
número 221, julio-agosto de 1980, Bs.  
As., Ministerio de Defensa.
- Naville, Pierre "Trabajo y guerra", cap. XXII del tomo  
II de: Friedmann, G. y Naville, P.,  
Tratado de sociología del trabajo, FCE.,  
México, 1963.
- "Carl von Clausewitz et la théorie de  
la guerre", introducción a: Clausewitz,  
C.v., De la guerre (cit.)
- "Clausewitz en la actualidad", capítulo  
a Clausewitz, C. v., De la guerra (se-  
lección) Maldoror, Bs. As., 1971.
- Paret, Peter "Clausewitz", capítulo VII de: Paret,  
P. (ed.) Makers of modern strategy:  
from Machiavelli to the nuclear age,  
Princeton University Press, Princeton,  
New Jersey, 1986.
- "The genesis of 'On War'", introducción  
a: Clausewitz, C. v., On war (cit.).
- "Education, politics and war in the  
life of Clausewitz" en: A quarterly devo-  
ted to cultural and intellectual history,

- vol. XXIX, julio-septiembre de 1968.
- "Clausewitz, a bibliographical survey" en: World Politics, a quarterly journal of international relations, vol. XVII, ene. 1965.
- Pasquinelli, Roberto. Laplace. CEAL., Bs. As., 1978.
- Piaget, Jean et al. Tendencias de la investigación en las ciencias sociales. Alianza, Madrid, 1982.
- Piaget, J. "Classification des disciplines et connexions interdisciplinaires" en: Revue Internationale des sciences sociales (UNESCO). Vol. XVI (1964), num. 4.
- Piaget, J. y García Rolando. Psicogénesis e historia de la ciencia. s. XXI, México, 1984.
- Platrier, Charles. Les axiomes de la mécanique newtonienne. Hermann y Cie., Paris, 1936.
- Rapaport, Anatol. "Introduction" a: E. v. D. On war (selección) Penguin Books, London, 1968.
- "Systemic theories: Hobbes, Hegel, Clausewitz" en: Conflict in man-made environment, Penguin Books, Baltimore, Maryland, 1974.
- "Game theory and its forerunner gambling theory", cap. VI de: Fights, games and debates. Ann Arbor: The university of Michigan Press, Michigan, 1970.
- Roques, Paul. Adversaires prussiens de Napoleon. Blücher, Scharnhorst, Gneisenau. Berger-Levrault, Paris, 1928.
- Rothfels, H. "Clausewitz", cap. V de: Earle, M. E. (ed.) The makers of modern strategy, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1944.
- Rozitchner, León. "De la política a la guerra: Clausewitz" Cap. II de: Perón entre la sangre y el tiempo. CEAL, Bs. As., 1985.

- Singleton, Robert R. y Tyndall, William F. Introducción a la teoría de los juegos y a la programación lineal. Labor, Barcelona, 1977.
- Schmidt, Alfred El concepto de naturaleza en Marx. Siglo XXI, México, 1983.
- Schmitt, Carl Clausewitz como pensador político. Struhart & Cía., Bs. As., sine data.
- Teoría del partisano. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1967.
- Smith, George "Clausewitz en los años 70" en: Military Review (ed. hispanoamericana), s/num., jul. 1972.
- Torretti, Roberto Kant. Charcas, Bs. As., 1980.
- VV.AA. Antología geopolítica. Pleamar, Bs. As., 1975.
- VV.AA. Clausewitz en el pensamiento marxista. Pasado y presente, México, 1979.
- Von Neumann, John y Morgenstern, Oskar. Theory of games and Economic behavior. Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1944.
- Weber, Max Historia económica general. FCE., México, 1974.
- Weil, Eric "Guerre et politique selon Clausewitz" en: Revue Française de Science politique, vol. 5, num. 2, abril-jun. 1955.

### C. DICCIONARIOS Y ENCICLOPEDIAS

- Dupuy, Richard E. y Dupuy, T.N. The encyclopedia of military history. Harper & Row Pub., N.Y., 1977.
- Edwards, Paul (ed.) The encyclopedia of philosophy. The Macmillan Co. and Free Press, N.Y. 1967, vols. I-VIII.
- Franke, H. (ed.) Diccionario de física. Labor, Barcelona, 1967, vols. I-II.

- Taton, René (ed.) Histoire générale des sciences.  
P.U.F., Paris, 1958, vols. I-III .
- VV.AA. Enciclopedia Filosofica.  
G.S. Sansoni Editore, Firenze, 1969,  
vols. I-VI.

INDICE GENERAL

	Página
<u>INTRODUCCION</u>	2.
Notas.	8.
<u>CAPITULO I.</u>	
<u>I. LA FILOSOFIA DE LA GUERRA.</u>	9.
1. EL DUELO.	9.
2. CRITICA DE LAS CONDICIONES DE VERIFICABILIDAD DEL DUELO.	27.
3. -¿ARMS CONTRA MINERVA?	34.
Notas	36.
<u>II. EL ESTATUTO METODOLOGICO DEL DUELO.</u>	40.
1. INTRODUCCION.	40.
2. LAS FILIACIONES DE ARON.	41.
3. UNA DIGRESION POLEMICA.	46.
Notas	51.
<u>CAPITULO II.</u>	
<u>EL PASAJE A LA GUERRA REAL.</u>	
1. LA INTRODUCCION DE LA POLITICA.	54.
2. CONSECUENCIAS DE LA REESTRUCTURACION DEL CONCEPTO DE GUERRA.	56.
3. LA GUERRA COMO JUEGO Y SU TEORIA.	60.
4. LA SOBREDETERMINACION POLITICA.	65.
Notas	72.
<u>CAPITULO III.</u>	
<u>CLAUSEWITZ Y SU CAMPO CIENTIFICO CONTEMPORANEO</u>	
1. EL DUELO Y EL MARCO EPISTEMOLOGICO MECANICISTA.	75.
2. GUERRA REAL Y RACIONALIDAD PROBABILISTICA.	81.
Notas	91.
<u>REFLEXIONES FINALES.</u>	96.
Notas	101.
<u>APENDICE</u>	
<u>NOTICIA BIOGRAFICA</u>	
1. LA VIDA	102.
2. LA OBRA	102.
3. LAS INFLUENCIAS	106.
Notas	110.
<u>BIBLIOGRAFIA</u>	111.

